



TENNESSEE WILLIAMS

Verano y humo

La obra de Tennessee Williams, una de las más explosivas de la dramaturgia contemporánea, está cabalmente representada en *Verano y humo*, donde el autor concentra lo más logrado de su poesía, tanto que un crítico ha juzgado que "su clima es perfecto y sostenido desde el comienzo, con el encuentro de los protagonistas niños, junto a la fuente que simboliza la eternidad".

Tennessee Williams nació en 1911 en Columbus, Mississippi, y murió en 1983.

www.editorlosada.com

ISBN 950-03-0338-8



9 789500 303385

TEATRO

TENNESSEE WILLIAMS, Verano y humo

TENNESSEE WILLIAMS

Verano y humo



LOSADA

Verano y humo

TENNESSEE WILLIAMS

Traducción: León Miras



Personajes

Alma,
niña

John,
niño

Alma Winemiller

John Buchanan (h),

Su Padre

Reverendo Winemiller

Señora Winemiller

Rosa González

Papá González

Nellie Ewell

Señora Bassett

Roger Doremus

Señor Kramer

Rosemary

Vernon

Dusty

Pearl

Escenarios

Prólogo: "Primeras Penas"

Parte I: *Un verano*

Escena 1: *La fuente*

Escena 2: *La rectoría y el consultorio médico*

Escena 3: *La rectoría*

Escena 4: *El consultorio médico*

Escena 5: *La rectoría*

Escena 6: *La glorieta*

Parte II: *Un invierno*

Escena 1: *La rectoría y el consultorio médico*

Escena 2: *El consultorio médico*

Escena 3: *La rectoría y el consultorio*

Escena 4: *La fuente*

Escena 5: *El consultorio médico*

Escena 6: *La fuente*

Toda la acción de la comedia se desarrolla en Glorious Hill, Mississippi. *Época*: Principios del siglo hasta después de 1916.

Como el concepto de una escenografía deriva de la lectura de una comedia, me limitaré a indicar los puntos que creo más esenciales.

Antes que nada: El Cielo.

Debe haber una gran extensión de cielo, de modo que toda la acción de la pieza tenga ese fondo. Esto ocurre tanto con las escenas que se desarrollan en interiores como en las de exteriores. En realidad, no hay escenas de interiores, porque las paredes son omitidas o sugeridas apenas por ciertos fragmentos necesarios, como los que pueden hacer falta para colgar un cuadro o contener el marco de una puerta.

Durante las escenas diurnas, el cielo debe ser de un azul puro e intenso (como el cielo de Italia, tal como se lo representa fielmente en los cuadros religiosos del Renacimiento) y los trajes deben formar contrastes dramáticos de color con el azul intenso sobre cuyo fondo se destacan las figuras. (Las armonías de color y demás efectos visuales son de enorme importancia.)

En las escenas nocturnas, las constelaciones más familiares, como Orión y la Osa Mayor y las Pléyades, se proyectan claramente en el cielo nocturno, y por sobre ellas, dispersas en lo alto del panorama, está la nebulosa radiación de la Vía Láctea. También

pueden proyectarse sobre este panorama nubes aborregadas, haciéndoselas derivar a través de él.

Esto, en cuanto al Cielo.

Ahora, bajemos a los llamados decorados interiores de la comedia. Hay dos de esos decorados "interiores": la sala de recibo de una rectoría episcopal y el hogar de un médico, que vive en la casa contigua. La arquitectura de esas casas está apenas sugerida, pero acusa un diseño norteamericano gótico de la era victoriana. No hay verdaderas puertas ni ventanas, ni paredes. Las puertas y ventanas se representan con delicados armazones de tipo gótico. A esas estructuras se adhieren colgajes de hiedra, con hojas color esmeralda y ámbar. Las secciones de pared sólo se usan cuando se las requiere por razones funcionales. Detrás del sofá de la rectoría debe haber un fragmento de muro, que soporte un paisaje romántico con marco dorado. En la casa del médico debe haber una sección de pared que sostenga el cuadro anatómico. Chirico ha usado los muros e interiores fragmentarios en forma muy evocativa en su cuadro llamado "Conversación entre las ruinas". Trataremos más específicamente de esos interiores cuando lleguemos a ellos en el curso de la comedia.

Ahora, nos ocuparemos del decorado exterior principal, que es un promontorio de un parque o una plaza pública del pueblo de Glorious Hill. En ese promontorio, hay una fuente con forma de ángel de piedra, en una postura graciosamente acurrucada, con las alas levantadas y las manos juntas formando una copa de la cual fluye el agua a un pilón del cual bebe el público. El ángel de piedra de la fuente debe

preferiblemente estar elevado, de modo que aparezca en las escenas interiores como una figura simbólica (la Eternidad) meditando sobre el desarrollo de la comedia. La fuente está enmarcada por macizas hojas de palmito, como enormes manos tendidas contra el cielo. *Todo este decorado exterior puede estar en un plano superior, por encima del de los dos interiores fragmentarios.* Me gustaría que las tres unidades formaran un todo armonioso como el de un cuadro completo, antes que tres unidades independientes. Un escenógrafo con imaginación puede solucionar esos problemas plásticos de distintas maneras y no deberá coartarlo ninguna de mis insinuaciones concretas.

No hay otro decorado más, un exterior muy pequeño que representa una glorieta y que describiremos al llegar a él.

Ha de hacerse todo lo posible por darle una fluidez ininterrumpida a la sucesión de las escenas.

No debe haber más telón que el del entreacto. Las demás divisiones de la comedia deben efectuarse con cambios de luces.

Finalmente, vamos a referirnos a la música. Creo que la comedia exige una partitura original y quizá cuando se estrene ya la tendrá. Debe reaparecer un tema básico y los puntos en que reaparece han sido indicados por momentos en el original, pero no tan cuidadosamente como lo serían si yo trabajara con el compositor.

Roma, marzo de 1948.

DESCRIPCIÓN DE LOS DECORADOS INTERIORES

Rectoría

A la derecha del escenario, está el interior de la rectoría. Derecha, primer término, una puerta de madera, que lleva al resto de la casa y al exterior. Foro derecha, una silla de alto respaldo. Foro centro, contra la pared, un piano. Delante de éste, una banqueta. Foro izquierda, un pequeño sofá o canapé. En la pared de la izquierda, una ventana. En el escenario del centro, una mesita con una carpeta de flecos; en el extremo izquierdo de la mesita, un teléfono; en el derecho, un rompecabezas para armar. A la derecha de la mesita, otra silla de alto respaldo.

La fuente

La zona de la fuente ocupa el escenario central entre la rectoría y el consultorio. Foro centro, la figura de una fuente con forma de ángel de piedra, al nivel de la rampa que atraviesa la escena representando la calle del pueblo. A ambos lados de la fuente, peldaños de piedra que llevan del nivel superior de la rampa al piso del escenario.

Primer término, centro, un pequeño banco de piedra semejante a un banco del parque, pero sin respaldo.

El consultorio médico

El interior que representa el consultorio médico está a la izquierda. Primer término derecha, un canapé de cuero. En la pared de la derecha foro, una ventana. Al foro derecha, una puerta que lleva a la calle, y peldaños que llevan del interior a la calle en el nivel

superior. Sobre la pared, derecha centro, un cuadro anatómico. Foro centro, un biombo plegadizo. Delante del biombo, una mesita con una bandeja donde hay un termo y vasos, cajas de píldoras, frascos con medicamentos, un viejo microscopio, unos cuantos instrumentos profesionales, bicarbonato de sodio, gasa, tela adhesiva, unas tijeras. Centro del escenario, un escritorio, con un teléfono en la esquina derecha, un cráneo en la izquierda, un lapicero y un tintero, lápices, un recetario, papeles sueltos. Detrás del escritorio, un sillón giratorio tapizado de cuero. Delante, mirando al centro del escenario, una silla recta. Primer término izquierda, una puerta de madera que lleva al interior de la casa del médico.

Prólogo

“PRIMERAS PENAS”

El ángel de la fuente, detrás del cual hay enormes hojas de palmito de color verde oscuro, en un anochecer de mayo de los primeros años del presente siglo. Centro, primer término, un pequeño banco de piedra.*

Al levantarse el telón, en la oscuridad, se oye una melodía y se proyecta luz sobre el ángel.

Luego, gradualmente, se proyectan luces sobre las zonas de la fuente y el panorama, y la música se extingue.

Entra en escena por la derecha Alma, a los diez años de edad, blusa holgada con cuello marinero y trenzas con moños, entra subiendo por la rampa hasta el ángel y baja por los peldaños de la derecha de la fuente hasta su pie. Ostenta ya la dignidad de un adulto: hay en ella una extraordinaria delicadeza y ternura o espiritualidad, que deben distinguirla claramente de los demás niños. Tiene la costumbre de mantener las manos en foma de copa, la una debajo de la otra, de un modo análogo al de los que reciben la hostia en la comunión. Este hábito perdurará en

* Se refiere al siglo xx.

ella en la edad adulta. Permanece parada así delante del ángel de piedra, durante unos instantes; luego, se inclina a beber en la fuente. Cuando está inclinada, entra furtivamente por la izquierda John, niño también. Baja un par de peldaños a la izquierda de la fuente y arroja una pelotita de papel con una honda sobre la inclinada espalda de Alma. La niña profiere un grito de sobresalto y se vuelve. John ríe.

John: ¡Eh, hija de predicador! Te estaba buscando. *(Va hacia el pie de la escalinata.)*

Alma *(bajando un peldaño, con ansiedad)*: ¿De veras?

John: ¿Fuiste tú quien puso los pañuelos sobre mi escritorio? *(Alma sonríe, con indecisión.)* ¡Contéstame! *(La amenaza con la honda, ella sube corriendo por los peldaños.)*

Alma: Sí, puse una caja de pañuelos sobre tu escritorio.

John: Me lo imaginaba. ¿A qué viene eso, señorita remilgada?

Alma: Los necesitabas.

John: ¿Quieres burlarte de mí?

Alma: ¡Oh, no!

John: Entonces... ¿qué ocurrencia es ésa?

Alma *(baja unos peldaños hacia él)*: Estás muy resfriado y tu nariz ha estado goteando toda la semana. Eso estropea tu aspecto.

John: Si mi aspecto no te gusta, no me mires.

Alma: Me gusta.

John: ¿Es por eso que me miras sin cesar?

Alma: Yo... ¡no te miro!

John: Sí que me miras. No me has quitado los ojos de encima en ningún momento. Cada vez que miraba a mi alrededor, veía tus ojos de gata fijos en mí. Eso fue lo que sucedió hoy, cuando la señorita Blanchard te preguntó dónde estaba el río Amazonas. Te lo preguntó dos veces y tú no le contestaste porque me estabas mirando. ¿Qué significa eso? ¿Qué te propones? ¡Respóndeme! *(Vuelve a amenazarla con la honda. Alma baja a la carrera por la derecha.)*

Alma: Sólo pensaba en cuán hermoso serías si tu cara no estuviese sucia. *(Da unos pasos vacilantes hacia él.)* ¿Sabes por qué tienes sucia la cara? Porque no usas pañuelo y te limpias la nariz con la manga de ese viejo y sucio *sweater*.

John *(con indignación)*: ¡Bah!

Alma: Por eso puse los pañuelos sobre tu escritorio y los envolví para que nadie supiese qué era aquello.

¡Yo no tengo la culpa si abriste la caja en presencia de todo el mundo!

John: ¿Qué haría yo con una caja ajena sobre mi escritorio, a tu entender? ¿Dejarla allí hasta que reventara o algo así? Claro que la abrí. No esperaba encontrar... ¡¡pañuelos!!... en ella... *(Va hacia la fuente, bebe, se sienta en los peldaños, a la derecha.)*

Alma *(yendo al pie de la fuente)*: Lamento que hayas pasado ese mal rato. De veras que lo lamento muchísimo. *(Con voz tímida y trémula, volviéndole la espalda.)* ¡Porque yo no querría causarte un mal rato por nada del mundo!

John: No te lisonjees creyendo que me has hecho pasar un mal rato. *(La niña se vuelve y lo mira.)* Yo no me asusto tan fácilmente.

Alma: Estas niñas fueron estúpidas y crueles al irse.

John: ¡Bah!

Alma: Todas ellas debieran comprender que no tienes una madre que se preocupe de esas cosas. Sentí un verdadero placer al poder hacer algo por ti, pero no quería que supieras que fui yo.

John: ¡Bah! ¡Puedes guardártelos! *(Saca la caja del bolsillo de su sweater y se la tiende.)*

Alma: ¡Por favor, quédate con ellos!

John: ¿Para qué los quiero? *(Tira la caja al suelo, se levanta, bebe un sorbo en la fuente, vuelve a sentarse sobre los peldaños y mira al ángel. Alma se acerca a la caja y se hinca de rodillas para levantarla.)*

Alma *(tonta la caja, se incorpora y va al foro)*: ¿Sabes cómo se llama el ángel?

John: ¿Tiene nombre?

Alma: Sí, he descubierto que sí. Está cincelado al pie, pero tan gastado que no se distingue con los ojos.

John: Entonces... ¿cómo lo sabes?

Alma: Hay que leerlo con los dedos. ¡Lo leí así y sentí escalofríos! ¡Léelo tú y verás si no te causa escalofríos. ¡Vamos! ¡Léelo con los dedos!

John: ¿Por qué no me lo dices simplemente y me ahorras la molestia?

Alma *(baja dos peldaños)*: No te lo diré.

(John se levanta, va hacia la izquierda de la fuente; Alma se aleja a la derecha.)

John *(pasando los dedos por la gastada inscripción)*: ¿E?

Alma: ¡Sí, E es la primera letra!

John: ¿T?

Alma: ¡Sí!

John: ¿E?

Alma: ¡E!

John: ¿K?

Alma (*da un paso hacia él*): ¡No, no K no! ¡R!

John: ¿Eternidad?

Alma: ¡Eternidad! ¿No te causa eso escalofríos?

John: Nooo... (*Va hacia el primer término.*)

Alma: ¡Pues a mí, sí!

John (*va hacia el banco y se despatarra en él de espaldas*): ¡Porque eres hija de un predicador! ¡La eternidad! ¿Qué es la eternidad?

Alma (*se acerca y dice en voz baja, con tono temeroso*): Es algo que sigue y sigue cuando la vida y la muerte y el tiempo y todo lo demás han terminado.

John: No hay tal cosa.

Alma: La hay. Es donde viven las almas de los seres humanos cuando abandonan sus cuerpos. Yo me llamo Alma. ¿Lo sabías?

John (*se incorpora*): ¡Bah! ¿Viste alguna vez un muerto?

Alma (*va hacia el banco y se arrodilla*): No.

John: Yo, sí. Me hicieron entrar en la habitación cuando se moría mi madre y ella me aferró la mano y no me quería soltar... de modo que grité y la golpéé.

Alma: ¡Oh, no puedes haber hecho eso!

John (*con aire sombrío*): Oh... No parecía mi madre. Su rostro estaba horrible y amarillo y... ¡olía espantosamente!... De modo que le di un golpe para que me soltara la mano... ¡Me dijeron que yo era un demonio! (*Baja la cabeza.*)

Alma: No sabías qué estabas haciendo.

John (*alza la cabeza, la mira*): Mi padre es médico.

Alma: Lo sé.

John: Quiere mandarme a la universidad para que estudie medicina, pero yo no quiero ser médico por nada del mundo. ¡Tener que entrar en una habitación y mirar morir a la gente! ¡Dios mío!

Alma: Ya cambiarás de idea.

John (*se levanta*): ¡Oh, no! ¡No cambiaré! (*Va hacia la fuente.*) ¡Prefiero ser un demonio, como me han llamado, e ir a la América del Sur en barco! Dame uno de esos pañuelos. (*Ella se le acerca, abre la caja, saca un pañuelo y se lo da.* John lo torna, lo moja en la fuente, se limpia la cara, se suena la nariz y se guarda el pañuelo en el bolsillo.)

John: ¿Está ahora lo bastante limpia mi cara para gustarte?

Alma: ¡Sí! ¡Hermosa!

John: ¿Qué?

Alma: ¡Dije "Hermosa"!

John (*da un paso hacia ella*): Bueno... Besémonos. (*Ella le vuelve la espalda.*) ¡Vamos, probemos! (*La aferra de los hombros y le da un beso rápido y enérgico. La voz lejana de un Niño, por la izquierda, llama "¡Johnny!" "¡Johnny!"*)

John agarra repentinamente la cinta del cabello de Alma, le suelta el pelo y se va corriendo por la izquierda, con burlona risa. Herida y perpleja, Alma lo sigue con los ojos y va lentamente hacia la fuente, pasa los dedos por la inscripción, gira sobre sí misma y sube con pausados pasos los peldaños de la derecha hacia lo alto, donde se vuelve y contempla el ángel.)

La música se extingue y las luces se apagan.

Primera parte

ESCENA I

Antes de que se enciendan las luces, una orquesta toca una marcha patriótica, detrás de la escena, a la derecha.

El mismo escenario del prólogo. Es la noche de un 4 de julio, poco antes de la primera guerra mundial. La banda del pueblo da un concierto y hay fuegos artificiales en el parque. Durante la escena, la luz pasa de un atenuado resplandor solar a la tiniebla. Algunas partes de los tejados, los campanarios, las velatas, deben tener una superficie metálica que refleje la suave luz proyectada sobre el telón del foro: cuando anochece, deben verse las estrellas.

Las luces se encienden en la zona de la fuente y en el panorama.

Por la izquierda, aparecen el reverendo Winemiller y su esposa. El reverendo la ayuda a bajar por los peldaños hasta el pie de la fuente. La señora Winemiller ha sido una muchacha mimada y egoísta que ha eludido las responsabilidades de la vida encerrándose en un perverso infantilismo. La llaman "LA CRUZ" del reverendo Winemiller. Concluye la música de la banda: aplausos.

Rev. Winemiller (*sube por los peldaños y mira a la derecha*): ¡Ahí está Alma, subiendo al estrado de la banda! (*La señora Winemiller se le acerca, con una pequeña caja de maíz tostado.*)

Voz del anunciador (*a lo lejos*): La orquesta de Glorious Hill les presenta a la señorita Alma Winemiller, el Ruisñor del Delta, que cantará... (*pausa*) ¡“La Golondrina”!

Rev. Winemiller: Esto provocará muchas críticas. (*Tomando del brazo a la señora Winemiller, sale por la derecha. Comienza la canción. La voz de Alma no es muy fuerte, pero tiene gran pureza y emoción. Entra John Buchanan. Es una figura prometeica, deslumbrante de vida inquieta en medio de una sociedad estancada. Sus desbordantes energías no han hallado aún su cauce. Si no lo encuentra, ese desborde lo consumirá. Ahora, no ostenta aún el sello de los libertinajes en que desahoga su demoníaco desasosiego; tiene el aspecto fresco y el aire radiante de un héroe de epopeya. Baja los peldaños de la izquierda, mirando hacia donde está la cantante: su semblante revela interés y un dejo de ironía. Una Joven pareja, del brazo, entra por la izquierda. Son Dusty y Pearl. Cuando llegan a los peldaños, advierten a John.*)

Pearl: ¡Mira quién está junto a la fuente!

Dusty: ¡Brillante como un dólar de plata nuevo!

John (*mirándolos*): Hola, Dusty. Hola, Pearl.

Dusty: ¿Saliste a flote en aquel partido de pase inglés?

John: Estuve a flote hasta Vicksburg... Luego, me hundí. (*La pareja ríe y se dirige a la derecha.*)

Pearl: Todos han estado gritando “¡Johnny! ¡Johnny! ¿Dónde está Johnny?” (*Se van por la derecha. Entra por la izquierda el doctor Buchanan y John lo ve, se vuelve y comienza a subir los peldaños.*)

Dr. Buchanan (*bajando al pie de la fuente*) ¡John!

John (*volviéndose lentamente hacia él*): ¡Ah! Hola, papá... (*Baja.*) Yo... créeme, me proponía telegrafarte, pero debo haberlo olvidado. Tuve que hacer en Vicksburg el viernes por la noche y acabo de volver al pueblo. No he ido a casa, todavía. ¿Todo... va bien? (*Bebe un sorbo en la fuente.*)

Dr. Buchanan (*lentamente, con voz ronca de emoción*): En la profesión médica no hay lugar para los derrochadores, los ebrios y los libertinos. ¡Y tampoco lo hay en mi casa! (*Un niño grita a lo lejos “¡Yo espíííio!”*) Tardé en casarme. Traje al mundo más de quinientos niños antes de tener uno propio. Y, por cierto, parece que he obtenido el peor del conjunto... Encontrarás tus cosas en el hotel Alhambra.

John: Bueno. Si lo quieres así.

(*Va a la izquierda y empieza a bajar los peldaños, se detiene y vuelve los ojos, luego, reanuda la marcha.*)

Dr. Buchanan: ¡John! (John lo mira.) ¡Ven aquí!

John (baja los peldaños con desconfianza, volviendo al lado de su padre y se detiene al alcance de éste):
¿Señor?

Dr. Buchanan (con voz ronca): Ve al hotel Alhambra, recoge tus cosas y... tráelas de nuevo a casa.

John: Sí, señor. Si lo prefiere usted así. (Pone la mano sobre el hombro de su padre.)

Dr. Buchanan (quitándose del hombro con rudeza la mano de John): ¡Cachorro infernal! (Le vuelve la espalda, sube rápidamente los peldaños y se va. John arroja su sombrero al pie de la fuente, se humedece la frente con aire de alivio y sube los peldaños de la izquierda, donde se reclina contra la fuente, mirando el lado de donde llega la canción. Entran por la derecha el reverendo Winemiller y su mujer, el reverendo se queda en el remate de los peldaños, escuchando la canción.)

Sra. Winemiller (bajando al pie de la fuente): ¿Dónde está el vendedor de helados?

Rev. Winemiller: ¡Silencio! (Siguen escuchando y la canción concluye. Aplausos. Mirando a la derecha.) ¡Aquí estamos, Alma!

(Entra Alma Winemiller. Su tipo era ya adulto cuando niña y ahora, a los veintitantos años, hay en

ella algo de solterona prematura; en su nerviosa risa se notan a las claras una exagerada corrección y cierto amaneramiento, su voz y sus modales provienen de años de agasajos de iglesia, dada su posición de anfitrión en la rectoría. La gente de su edad la considera algo anticuada y de divertida afectación. Ha crecido, más que nada, en compañía de mayores. Ella misma desconoce aún su verdadera idiosincrasia. Cuando baja los peldaños, John da varias ruidosas palmadas. Alma contiene la respiración, riendo apenas y va rápidamente hasta el banco, donde se sienta y abanica. Viste un traje amarillo pálido y lleva una sombrilla de seda amarilla. Siguen los aplausos.)

Rev. Winemiller (baja los peldaños hasta el banco, los aplausos se extinguen): Al parecer, quieren oírte cantar de nuevo, Alma.

(John sonríe, aplaudiendo, junto a la fuente.)

Voz del anunciador (a lo lejos): ¡El "Santiago Waltz"! (La banda ataca elailable mencionado)

Alma (tendiéndole el bolso a su padre): Abre mi bolso, papá. ¡Se me han helado los dedos! (Deja escapar un hondo y penoso suspiro.) No sé qué me pasó. ¡Un pánico total! Nunca, nunca volveré a hacerlo, no vale la pena. ¡No vale las torturas por que debo pasar!

Rev. Winemiller (con ansiedad): ¿Tienes uno de tus accesos nerviosos?

Alma: ¡Cómo me late el corazón! ¡Me parecía tenerlo en la *garganta* mientras cantaba! ¿Se notó, papá?

Rev. Winemiller: Cantaste espléndidamente, Alma. Pero ya conoces mi opinión. Eso contrariaba mis deseos y no sé por qué quisiste hacerlo, sobre todo ya que parecía contrariarte también a ti.

Alma: No sé cómo nadie podría oponerse a que yo cantara en una fiesta patriótica. ¡Si por lo menos hubiese cantado bien! Pero a duras penas pude terminar. En cierto momento creí que no llegaría al final. Me olvidaba de la letra. ¿Notaste la pausa?

Rev. Winemiller: No.

Alma: ¡Un pánico tremendo! Las palabras no volvían a mi memoria, pero seguí cantando... ¡Creo que debí improvisar los versos de la canción! (*Mira a su padre, mientras hurga en su bolso.*) ¿Hay ahí un pañuelo?

Sra. Winemiller (*repentinamente, bajando por la izquierda*): ¿Dónde está el vendedor de helados?

Rev. Winemiller (*acercándosele*): ¡Silencio!

Alma (*frotándose los dedos*): La circulación vuelve poco a poco...

Rev. Winemiller (*acercándose al banco, saca el pañuelo del bolso*): Quédate quietecita, Alma, y aspira profundamente.

Alma: Sí, mi pañuelo... ahora... (*Él se lo da.*)

Sra. Winemiller: ¿Dónde está el vendedor de helados?

Rev. Winemiller (*acercándose*): Querida, no hay ningún vendedor de helados.

Alma: No, no lo hay, mamá. Pero al volver el señor Doremus y yo nos detendremos en la confitería y te compraremos un helado.

Rev. Winemiller: ¿Te propones quedarte aquí?

Alma: Hasta que concluya el concierto. Le prometí a Roger que lo esperaría.

Rev. Winemiller (*acercándosele*): ¿Supongo que habrás notado quién está junto a la fuente?

Alma: ¡Cállate, papá!

Rev. Winemiller: ¿No sería mejor que esperaras en otro banco?

Alma: Es aquí donde nos hemos citado con Roger.

Rev. Winemiller (*a su mujer*): Bueno, querida. En marcha. (*Le da su bolso a Alma y se dirige a la derecha. La señora Winemiller va con indecisos pasos hacia la izquierda. Él se le acerca.*) ¡Por aquí, por aquí, querida! (*La toma del brazo y le hace subir los peldaños.*)

Sra. Winemiller (*volviéndose, con voz atiplada e infantil*): De fresas, Alma. ¡Un helado mixto de chocolate, de chocolate y de fresas! ¡No de vainilla!

Alma (*débilmente*): Sí, sí, mamá... de vainilla...

Sra. Winemiller (*furiosa*): Dije que de vainilla no. (*Gritando.*) ¡De fresas! (John *ríe.*)

Rev. Winemiller (*con vehemencia, arrastrándola*): ¡Querida! Estás llamando la atención. (*La empuja energicamente hacia la derecha. John ríe junto a la fuente. Alma evita mirarlo y se dedica a alisar su vestido. John baja, se le acerca y nota un cohete junto al peldaño más alto. Se inclina y lo recoge, mira a su alrededor para cerciorarse de si alguien lo observa, sonríe, lo enciende y lo arroja hacia el banco de Alma. Cuando el cohete estalla, Alma se levanta de un salto con un grito de susto, dejando caer la sombrilla.*)

John (*sube los peldaños hasta arriba simulando ira*): ¡Eh! ¡Eh! ¡Más cuidado! (*Mira a la derecha, como si viera a un bromista invisible. Alma toma su sombrilla y vuelve a dejarse caer débilmente sobre el banco. John baja y se le acerca.*)

Alma: ¡Me he... quedado sin aliento! ¿Quién lo tiró?

John: Algún briboncito.

Alma: ¿Dónde?

John: ¡Huyó cuando le grité!

Alma: En este pueblo debieran promulgar una ordenanza prohibiendo los fuegos artificiales.

John: Papá y yo curamos a quince niños con quemaduras en estos últimos días. (*Pone el pie izquierdo sobre el banco.*) Creo que le convendría un tónico... ¿no le parece? (*Saca de la chaqueta una cantimplora.*) ¡Esto!

Alma: ¿Qué es?

John: Brandy hecho con aguardiente de manzanas.

Alma: No, gracias.

John: Dinamita líquida.

Alma: No lo dudo.

(John *ríe y reintegra el brandy a su bolsillo, retirando el pie del banco. Su mirada fija y sonriente des-concierta a Alma. NOTA: En la voz y los modales de Alma hay una delicadeza y elegancia, una suerte de "ligereza" realmente connatural en ella como lo es, en forma menos acentuada, en muchas muchachas del Sur. Sus gestos y amaneramientos son un poco exagerados pero graciosos. Se comprende que la gente joven del pueblo la acuse de "darse ínfulas" y de ser "afectada". Parece pertenecer a una época más elegante, tal como el siglo XVIII en Francia. Dadas su*

nerviosidad y afectación, tiene el hábito de prolongar y cerrar sus observaciones con una risita jadeante. Esto se indicará en ciertos momentos, pero debe usarse con más libertad que lo indicado: sin embargo, la caracterización no debe acentuarse hasta el extremo de hacerla ridícula y antipática.)

Alma: ¿Ha venido... a casa, a pasar el verano? (John responde con un gruñido afirmativo.) El verano no es la época más agradable del año para reanudar las relaciones con Glorious Hill ¿verdad? (*Ríe con vivacidad. John profiere un vago gruñido.*) El viento del Golfo de México nos ha faltado este año, nos ha decepcionado horriblemente en este verano. Antes podíamos confiar en el viento del Golfo de México para refrescarnos por las noches, pero esta estación ha sido excepcional.

John (*lentamente*): ¿La inquieta algo?

Alma: Ese cohete me sobresaltó.

John: El sobresalto debe habersele pasado va.

Alma: No me repongo tan fácilmente.

John: Ya lo veo.

Alma: ¿Se propone quedarse aquí y encargarse en parte de la clientela de su padre?

John: No he decidido aún qué haré.

Alma: Así lo espero. (John *la mira Ella prosigue, precipitadamente.*) Todos así lo esperamos. Su padre me dijo que usted consiguió aislar el germen de esa epidemia que ha estallado en Lyon.

John: Costará más hallar la manera de destruir ese germen.

Alma: ¡Usted lo conseguirá! Su padre está seguro de que lo conseguirá. Dice que usted ha hecho un estudio especial de la bacter... bacter...

John: ¡Bacteriología!

Alma: ¡Sí! ¡En el John Hopkins! Eso está en Boston ¿verdad?

John (*yendo hacia el otro extremo del banco*): No, En Baltimore.

Alma: Ah, Baltimore. Baltimore, Maryland. ¡Qué hermosa combinación de nombres! Y la bacteriología... ¿no es algo vinculado con un microscopio?

John: En parte... (*Se pone en cuclillas.*)

Alma: He mirado con un telescopio, pero nunca con un microscopio. ¿Qué... qué...?

John: ¿Qué veo? Un universo, señorita Alma.

Alma (*inclinándose hacia él*): ¿Qué clase de universo?

John: Poco más o menos el mismo que se ve por el lente de un telescopio... Un universo misterioso...

Alma: Oh, sí...

John: En parte, anarquía... ¡y en parte, orden!

Alma (*de cara al público*): Las huellas de Dios!

John: Pero no Dios.

Alma (*con una risita, extática*): ¡Ser médico! ¡Y háberse las con esos misterios que se ven bajo el lente del microscopio! ¡Creo que eso es más religioso que ser un sacerdote! ¡Hay tanto sufrimiento en el mundo que enferma pensar en él y la mayoría de nosotros somos tan impotentes para proporcionarle alivio...! ¡Pero un médico! ¡Oh, Dios mío! (*Se levanta, da un paso hacia la izquierda.*) Con sus magníficos dones y su adiestramiento... ¡qué alegría debe proporcionarle a usted el saber que está dotado y señalado para aliviar todo ese terrible sufrimiento!... ¡Y temor! (*John se levanta y trata de hablar. Ella prosigue.*) Y la suya es una profesión cada vez más amplia, una profesión que ensancha sin cesar sus horizontes. ¡Son tantas las enfermedades que domina ya la ciencia! Pero el principio sólo es... ¡un principio! Quiero decir que quedan aún por hacer tantas cosas, que hay que vencer tantas congojas del espíritu... ¡Y con el ejemplo de su padre como aspiración! ¡Oh, Dios mío!

(*John se sienta en el extremo izquierdo del banco.*)

John: No sabía que usted tuviese tantas ideas sobre la profesión médica.

Alma: Soy una gran admiradora de su padre, así como su paciente. ¡Consuela tanto saber que vive en la casa contigua, al alcance de la mano, por así decirlo!

John: ¿Por qué? ¿Tiene usted accesos?

Alma: ¿Accesos? (*Echa atrás la cabeza con cascabeleante y alegre risa. También John ríe*): No, pero... ¡Sí, tengo accesos! De una afección nerviosa del corazón. ¡Que suele ser tan alarmante que corro derecho en busca de su padre!

John: ¿A las dos o las tres de la mañana?

Alma: Sí, hasta a horas tan tardías... ocasionalmente. Es muy paciente conmigo.

John: Pero ¿no la cura?

Alma: Siempre me tranquiliza.

John: ¿Temporariamente?

Alma: Sí.

John: ¿No necesita algo más?

Alma: ¿Qué?

John: Eso no es cosa mía.

Alma: ¿Qué iba usted a decir?

John (*va hacia la derecha del banco*): Usted es una enferma de mi padre... (*Enfrentándola.*) Pero se me ocurre una idea...

Alma (*levantándose*): ¡Siga, por favor! (*Ríe. John responde con una risita.*) ¡Ahora tiene que seguir! (*Se le acerca.*) ¡No puede dejarme en el aire! ¿Qué me va a decir?

John: Sólo esto: sospecho que usted necesita algo más, no sólo que la tranquilicen temporariamente.

Alma: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Usted cree que se trata de algo más serio que...?

John: Usted está tragando aire.

Alma: ¿Yo qué? (*Retrocede un paso.*)

John: Usted está tragando aire, señorita Alma.

Alma (*yendo hacia la izquierda*): ¿Que estoy tragando aire, dice?

John: Sí, traga aire cuando ríe o habla. Es una pequeña trampa en que caen las histéricas. (*Avanza hacia ella.*)

Alma (*ríe, con indecisión*): ¡Ja, ja!... (*Va hacia la izquierda del banco.*)

John: Usted traga aire y eso le oprime el corazón y le causa palpitaciones. El hecho no es grave en sí mismo, pero sí un síntoma de algo grave. ¿Debo decirse lo con franqueza?

Alma: ¡Sí! (*Se sienta en el banco.*)

John (*va al otro extremo del banco, y apoya el pie izquierdo sobre él*): ¡En mi opinión, lo que usted tiene es un *doppelganger*! Tiene un *doppelganger* y el *doppelganger* está muy irritado.

Alma: ¡Oh, Dios mío! ¿Tengo un *doppelganger* irritado? (*Trata de reír, pero se advierte en ella un evidente malestar.*) ¡Qué palabra horrible! ¿Qué significa, en realidad?

John (*retirando el pie del banco y dando un paso atrás*): Eso no es cosa mía. Usted no es *mi* paciente.

Alma: ¡Pero qué perversidad la suya! ¡Pensar que me dice algo que suena tan horriblemente y que luego se niega a explicarme qué es! (*Trata de reír, nuevamente, sin éxito.*)

John (*va hacia la derecha*): ¡No debí decirle nada! Yo no soy su médico... (*Se inclina y bebe en la fuente.*)

Alma (*volviéndose hacia él*): ¿Cómo llegó a... a ese

diagnóstico de mi caso? (John *le sonríe burlescamente y ella sonríe, a su vez.*) Pero, desde luego, usted se burla de mí. ¿Verdad? (John *se adelanta hacia ella: Alma se vuelve de frente.*) ¡Mire, está soplando el viento del Golfo de México! ¡Mueve las hojas del palmito! Y escuche cómo se queja.

(*Por la derecha, como si la trajera aquel emisario de los trópicos, entra Rosa González. Baja la escalinata, ve a John. Éste la observa, sonriendo, mientras ella sube la mitad de los peldaños del otro lado y se vuelve a mirarlo. El indolente andar de Rosa causa un sonido y una atmósfera semejantes al susurrar del viento del Golfo de México en los palmitos, un frufú de seda y un leve tintineo de ornamentos metálicos. Rosa viste unos atavíos casi insolentes, con brillantes plumas en el sombrero de un azul verdoso, toda una cascada de plumas. Luce aretes de diamantes y esmeraldas.*)

John (*con aspereza*): ¿Quién es ésa?

(*Alma se vuelve para mirar. Rosa le sonríe a John y prosigue su camino, saliendo por la izquierda.*)

Alma (*volviéndose*): Me sorprende que usted no lo sepa.

John (*va hacia el pie de la escalinata*): He estado ausente durante mucho tiempo.

Alma: Es Rosa González... Su padre es el dueño del garito del lago Moon. Le sonrió a usted... ¿verdad?

John (*va hacia la izquierda*): Creo que sí.

Alma: Confío en que usted tendrá un carácter fuerte.

John: Soy una roca.

Alma (*nerviosamente*): La exhibición pirotécnica empezará tarde.

John: ¿La qué?

Alma: Los fuegos artificiales.

John: ¡Ah!

Alma: . Supongo que no estará ya en contacto con la mayoría de sus *viejos* amigos de este pueblo.

John (*lacónicamente*): Así es.

Alma: ¡Debe conquistarse algunas amistades *nuevas*! Yo pertenezco a un grupito que se reúne todos los miércoles. Creo que también le agradará a usted. Son gente joven con... intereses intelectuales.

John (*melancólicamente*): Ah, comprendo...

Alma: ¡Tiene que venir! Tiene que venir en alguna oportunidad... Yo se lo recordaré.

John: Gracias. (*Va hacia el banco.*) ¿Tiene inconveniente en que me sienta?

Alma (*se levanta, va hacia el otro lado*): ¡Claro que no! ¡Hay lugar para dos! (*Se sienta a la derecha del banco y John a la izquierda.*) ¡Ni usted ni yo somos tan anchos! (*Ríe, con risa forzada.*)

Una voz (*detrás de la escena, a la derecha*): ¡Adiós, Nellie!

Nellie (*detrás de la escena,*): ¡Adiós!

Alma: ¡Aquí viene alguien mucho más encantador! Una de mis pequeñas y adorables alumnas de canto, la más joven y la más linda, y también la menos dotada para la música.

John: La conozco. (*Por la derecha entra Nellie Ewell, una muchacha de dieciséis años de un aire fresco y saludable, radiante.*)

Alma (*tendiéndole la mano*): ¡Hola, querida Nellie!

Nellie (*se precipita hacia el banco y se hinca de rodillas*): Oh, señorita Alma... Cantó usted tan bien que me hizo llorar. (*Concluye la música de la banda y se oyen débiles aplausos.*)

Alma: Eres muy amable al decirme esa mentira. Canté horriblemente.

Nellie: Sólo es modestia suya, señorita Alma. (*Yendo a la izquierda.*) ¡Hola, doctor John! (*Baja a primer término.*) ¡Doctor John!

John (*volviéndose hacia ella*): ¿Qué?

Nellie: Ese libro que me dio rebosa palabras largas.

John: Búsquelas en el diccionario, Nellie.

Nellie: Las busqué, pero usted sabe cómo son los diccionarios. Una busca una palabra larga y ésta le indica otra y una busca la otra y ésta le indica la primera. (*John ríe, Nellie empieza a subir por la izquierda y le dice, sin volverse.*) Iré a verlo mañana para que me lo explique todo. (*Ríe y se va corriendo por la izquierda.*)

Alma: ¿A qué libro se refiere Nellie?

John: Uno que le regalé... sobre las cosas de la vida. Vino a la oficina y me dijo que su madre no quería decirle nada y que ella tenía que saberlo porque se había enamorado.

Alma (*ríe*): ¡Vaya con el precoz... diablillo!

John: ¿Cómo es su madre?

Alma: La señora Ewell es la viuda alegre de Glorious Hill. Dicen que va a la estación a esperar todos los trenes para trabar relación con los viajantes. Desde luego, todos le hacen el vacío, salvo unas pocas mujeres de su tipo del pueblo, lo cual le resulta durísimo a Nellie. Eso es cometer una injusticia con la niña. Papá no quería que yo la aceptase como alumna dada la re-

putación de su madre, pero creo que una tiene un deber para con los niños en esas... circunstancias... ¡Yo siempre digo que la vida es algo tan misteriosamente complicado que uno no debe mostrarse engreído y juzgar la conducta de los demás y condenarlos! *(A lo lejos se oye un "puff" y sobre las cabezas de John y Alma se proyecta un estallido de dorada luz. Esto es un efecto que se repetirá a intervalos durante la escena.)* ¡Oh, mire cómo se dispersa en un millón de estrellas! *(John se echa atrás para mirar y sus rodillas se abren ampliamente, entrando una de ellas en contacto con la de Alma. Esto le causa a la joven un efecto extrañamente perturbador. El cielo del panorama empieza a oscurecerse y aparecen las estrellas.)*

John *(después de un momento)*: ¿Siente frío?

Alma: ¡No, no! ¿Por qué?

John: Está temblando.

Alma: ¿Yo?

John: ¿No lo siente?

Alma: Me ha quedado un resto de malaria.

John: ¿Tiene la malaria? *(Le sonríe.)*

Alma: Nunca en forma intensa. En realidad, nunca en forma intensa. Sólo me molesta ligeramente, de vez en cuando. *(Ríe con ligereza.)*

John: ¿Por qué ríe así? *(Sonríe.)*

Alma: Así... ¿Cómo? *(John imita su risa. Alma vuelve a reír, con malestar.)*

John *(riendo, se levanta y va hacia la izquierda, enfrentándola)*: Sí. Así.

Alma: ¡Caramba! Usted no ha cambiado en lo más mínimo. Antes le encantaba ponerme en dificultades y le sigue encantando.

John: Creo que no debiera decírselo, pero oí que la imitaban en una fiesta.

Alma: ¿Que me imitaban?

John: Sí.

Alma: ¿A mí? ¿A mí? Pero ¿qué imitaban?

John: Su modo de cantar en una boda.

Alma: ¿Mi voz?

John: ¡Sus gestos y su expresión facial!

Alma: ¡Cómo me intriga eso!

John: No, no debí decírselo. Eso la ha contrariado.

Alma: En absoluto. Estoy intrigada, nada más.

John: ¿No sabe que usted tiene fama de... ser engreída?

Alma: No tengo la menor idea de lo que está diciendo.

John: El caso es que algunas personas parecen creerla un poco... ¡afectada!

Alma: Bueno, bueno, bueno... (*Trata de disimular cuán herida se siente.*) Quizá sea así, quizás a algunas personas les parezca eso. Pero como soy inocente de toda tentativa de afectación, no sé en realidad qué podría hacer para remediarlo.

John: Habla usted de tina manera bastante excéntrica.

Alma: ¿De veras?

John: Una exhibición pirotécnica en vez de fuegos artificiales y todas esas cosas.

Alma: ¿De veras? (*Se levanta y rehúye su mirada.*)

John: ¿Y qué me dice de ese acento?

Alma: ¿De mi acento? ¡Esto me deja muda! A veces, gente que aprueba la buena dicción me ha acusado de tener un acento artificioso. Mi padre estudió en Oxford y cuando estaba allí, se habituó a usar la A larga donde resulta correcto usarla. (*John se sienta en el banco.*) Supongo que me habré contagiado de él, pero es algo absolutamente inconsciente. ¿Quién me imitó en esa fiesta a que se refiere?

John (*sonriendo zumbonamente*): No creo que ella quiera que se sepa.

Alma: ¡Ah! ¡De modo que era una *ella*!

John: ¿No cree usted que un hombre podría hacerlo?"

Alma: ¡No, ni una mujer tampoco! (*Va al pie de la fuente a la derecha.*)

John (*levántandose, se le acerca*): No creí que eso la irritara tanto. De haberlo sabido, no hubiese tocado el tema.

Alma: Oh, no estoy irritada, sino sólo intrigada y sorprendida, como siempre que encuentro una malignidad inmotivada en la gente. (*Se aparta dos pedaños a la derecha.*) No la comprendo cuando se dirige contra mí... y tampoco cuando ataca a otro. Simplemente, no la comprendo... (*Se sienta sobre el borde de la fuente.*)...y quizá más vale así. ¡Dudo de que esa gente que me llama afectada y hace esas malévolas imitaciones haya pensado alguna vez que he debido luchar con ciertas dificultades y desventajas —la causa, quizá, de esas características mías— que ellos encuentran tan desagradables!

John (*que ha encendido un cigarrillo, tira el fósforo y se le acerca*): Vamos, señorita Alma. ¡Hace usted un elefante de un ratón!

Alma: ¡Me pregunto si piensan en que mi ambiente

es un poco diferente del suyo! Mi padre y yo tenemos... ¡tenemos que cargar con una cruz!

John: ¿Qué cruz?

Alma: Viviendo en la casa contigua, usted debiera saberlo.

John: ¡Ah! ¿La señora Winemiller? (*Se sienta en un peldaño.*)

Alma: Mi madre sufrió un colapso cuando yo estaba aún en el colegio secundario. Y desde entonces he tenido que administrar la rectoría y encargarme de los deberes sociales y domésticos que le incumben usualmente a la esposa de un sacerdote, no a su hija. Y por eso, puedo haberle parecido extraña a algunos de mis contemporáneos más críticos. En cierto modo, eso puede haberme... despojado de... mi juventud. (*Otro cohete. Por la derecha, llega otro "¡Aaaah!"*)

John (*se levanta, mira el cohete y se vuelve hacia Alma*): Usted debiera salir con gente joven.

Alma: No soy una ermitaña. No correteo por ahí haciendo imitaciones de los demás en las fiestas. Pero tampoco soy una ermitaña, de ningún modo. Como hija de un sacerdote, tengo que ser más exigente que la mayoría de las muchachas en cuanto a... amistades. Pero salgo con bastante frecuencia...

John (*volviendo a sentarse en un peldaño*): La he vis-

to en la biblioteca pública y en el parque, pero sólo dos o tres veces con un joven, y siempre era alguien parecido a ese Roger Doremus.

Alma: Temo que usted y yo actuamos en círculos distintos. Si yo quisiera ser tan franca como usted, lo cual suele resultar simplemente un pretexto para ser grosero... diría que lo he visto en compañía de... bueno... de una muchacha de mala reputación. (*John aplasta con el pie la colilla de su cigarrillo. Alma se levanta.*) Usted ha oído hablar desfavorablemente de mí en su ambiente y yo he oído cosas igualmente desagradables sobre usted en el mío. (*John se levanta y le vuelve la espalda.*) Y lo más lamentable, es que se prepara para ser médico. Se propone practicar la profesión de su padre, aquí en Glorious Hill. La mayoría de nosotros no tenemos más remedio que llevar una vida estéril. Pero usted tiene el don de la investigación científica... la oportunidad de servir a la humanidad; no sólo de vivir por vivir, sino de servir a una noble causa humanitaria, de aliviar el sufrimiento humano. (*John va hacia izquierda, de espaldas a ella.*) ¿Y qué hace? (*Baja un poco hacia él.*) Todo lo que puede por enajenarse la confianza de la gente decente que ama y respeta a su padre. Mientras que él se dedica devotamente a la epidemia de Lyon... usted lanza su automóvil a desenfundada velocidad, visitando una hostería de mala fama tras otra. (*John se vuelve, arado, hacia ella.*) Usted dice que ha visto dos cosas con el lente del microscopio... ¡la anarquía, el orden! Bueno... Evidentemente, el orden no es lo que más lo impresionó... ¡ya que se porta como

un escolar precoz que quiere hacerse conocer como el mozo más desafortunado del pueblo! Y pensar que usted es un joven médico de talento... ¡*Magna cum Laude!* ¿Sabe cómo llamaría yo a eso? ¡Una profanación! (*Le vuelve la espalda con un sollozo, va hacia la derecha, se sienta en el banco. La sigue, se sienta a su lado. Ella lo ve y se levanta a medias. John le aferra la mano.*)

John: No pensará escaparse... ¿verdad?

Alma: Cantar en público siempre... siempre me trastorna! Suélteme la mano. (*Él no se la suelta y le sonrío burlonamente.*) Por favor, suélteme la mano.

John: No pierda la cabeza.

Alma: No demos un espectáculo.

John: Entonces, quédese sentada. (*Cohete: "¡Abhh!" Alma se sienta en el banco; él retiene su mano.*)

Alma: Usted arrojó ese cohete e inició una conversación sólo para burlarse de mí, como cuando éramos niños. Y vino a este banco para turbarme y herir mis sentimientos hablándome de esa maligna... imitación! (*Se levanta y trata de liberarse de la mano de John, que la retiene.*) No, suélteme la mano para poder marcharme ahora. Ha conseguido su propósito. ¡*Me he sentido herida, fui un hazmerreír como usted se lo propuso!* ¡De modo que suélteme ahora!

John (*llevándola de la mano, la atrae a su derecha, levantándose del banco*): ¡Está llamando la atención! ¿No sabe que usted me gusta realmente, señorita Alma?

Alma: No... No es cierto. (*Otro cohete. Resplandor y "Aaaah".*)

John: Claro que sí. Muchísimo. (*Yendo hacia la derecha.*) A veces, cuando vuelvo a casa muy entrada la noche, miro la rectoría. Veo algo blanco en la ventana: Será usted, señorita Alma? ¿O será su *doppelganger*, que mira por la ventana en mi camino?

Alma (*con leve risa, va a sentarse en el extremo izquierdo del banco*): ¡Basta de *doppelganger*... sea eso lo que sea!

John: ¡Ahí va un hermoso cohete! ¡Lo llaman candelabra romana! (*Sube corriendo los peldaños para mirar y cuenta las llamaradas.*) ¡Cuatro... cinco... seis...! ¿Eso es todo? ¡No! ¡Siete! (*Ríe.*)

Alma (*con tono indeciso*): Dios mío... (*Se abanica.*)

John (*va al primer término, a la derecha de Alma*): ¿Qué le parece si diéramos un paseo en automóvil? (*Rosa González aparece en el remate de la escalinata, a la izquierda y empieza a bajar los peldaños.*)

Alma: ¿Cuándo? ¿Ahora?

John (*al ver a Rosa, con aire demasiado negligente*):
Oh... Una de estas tardes.

Alma (*insistiendo, sin ver a Rosa*): ¿Respetaría usted
el límite máximo de velocidad?

John (*dirigiéndose al foro*): Con usted, señorita
Alma, rigurosamente.

Alma: Entonces... con mucho gusto, John.

John (*toma su sombrero que está al pie de la fuente,
los ojos fijos en Rosa*): ¡Y use un sombrero con plu-
ma!

Alma (*ríe*): ¡No tengo sombrero con pluma!

John: ¡Consígaselo! (*Cohete "¡Aaaah!" Rosa ríe y se
aleja despaciosamente por la izquierda. John la sigue,
diciéndole "Buenas noches" a Alma, que se vuelve y
los ve juntos. Se queda sentada, inmóvil, durante
unos instantes. Por la derecha, entra el señor Dore-
mus, trayendo un estuche que contiene una trompa.
Es un hombre algo semejante a un gorrión.*)

Roger (*bajando los peldaños, se adelanta al primer
término*): ¡Hola! ¿Cómo estuvo eso, señorita Alma?
(*Las luces del sector donde se representa la comedia
y las del panorama empiezan a atenuarse.*)

Alma: ¿Cómo estuvo... qué?

Roger (*fastidiado*): Mi solo de trompa.

Alma (*lentamente, sin pensar*): No le presté atención.
(*Se levanta, con lentitud.*) Tendré que colgarme de su
brazo. (Roger se adelanta y le tiende el brazo.) ¡Me
siento tan aturdida! (*Un cohete final y "¡Aaaah!"*.)

(*Ambos se van al foro, empiezan a subir los pel-
daños y hacen mutis por la derecha, la zona de repre-
sentación y el panorama se oscurecen, en el cielo apa-
recen cohetes y la música aumenta de volumen.
Cuando Alma y el señor Doremus llegan al término
de la rampa, en la derecha, los cohetes se desvanecen
y una luz aparece sobre el ángel. La música cambia.*.)

ESCENA II

El interior de la rectoría está iluminado. La señora Winemiller irrumpe en la zona de la rectoría por la puerta gótica. Va hacia el canapé, abre su sombrilla y saca un extravagante sombrero de pluma blanca. Deja caer la sombrilla, se levanta, va hacia el foro en busca al parecer de un espejo y comienza a ponerse el sombrero. Suena el teléfono. Sorprendida, se vuelve hacia él. El teléfono suena nuevamente. Con precipitación, la señora Winemiller va a la derecha y oculta el sombrero dejándolo en el suelo detrás de la mesa, vuelve y se sienta en el canapé. De nuevo el teléfono. Por la derecha entra Alma, va hacia el teléfono

Alma: Hola... Sí, señor Gillam. ¿De veras? *(Se vuelve y mira a su madre.)* ¿Está seguro? ¡Qué, desagradable es eso! *(La señora Winemiller se levanta, toma su sombrero y cruza el escenario para sentarse delante del enrejado de la chimenea, de frente a Alma.)* Gracias, señor Gillam... *(La señora Winemiller se pone con aire intencionado el sombrero.)* El sombrero está aquí. *(Alma va a la izquierda a recoger la sombrilla. El Reverendo Winemiller entra por la derecha con aire afligido y ve a su esposa.)*

Rev. Winemiller *(va hacia Alma)*: ¡Alma! ¡Alma, tu madre...!

Alma: Ya lo sé, papá. El señor Gillam acaba de hablarme por teléfono. Me explicó que mamá se había llevado un sombrero con una pluma blanca y que él

fingió no advertirlo para evitarte una situación molesta. Por eso, le dije que lo anotara en nuestra cuenta.

Rev. Winemiller: Ese sombrero me parece demasiado caro.

Alma: Vale catorce dólares. Paga seis tú, papá, y yo pagaré ocho. *(Le tiende la sombrilla.)*

Rev. Winemiller: ¡Qué cruz insoportable debemos aguantar! *(Llevando la sombrilla, sale por la derecha. Cuando hace mutis la señora Winemiller se levanta, aferra su sombrero y va a la derecha. Alma se dirige hacia ella y tomándola del brazo la hace sentar a la derecha de la mesa.)*

Alma: Tengo muchísimas cosas que hacer antes de mi reunión del club de esta noche, de modo que trabaja calladita en tu rompecabezas o te quitaré el sombrero, con pluma y todo. *(Va hacia el centro.)*

Sra. Winemiller *(tira al suelo una pieza del rompecabezas, al foro)*: ¡Las piezas no concuerdan! *(Alma recoge la pieza y la repone en su sitio. La señora Winemiller trata de tirar otra, pero Alma la contiene.)* ¡No concuerdan!

(Alma va hacia el teléfono y lo aferra; luego, lentamente, lo deja en su lugar. Por fin, vuelve a asirlo y descuelga el receptor.)

Alma *(al teléfono)*: Elm, 362...

(Suena el teléfono de John. Se ilumina el interior de su consultorio. John entra por la izquierda, con un vaso en cada mano, revolviendo mientras tanto una pastilla de bromuro que acaba de echar. Va hacia el escritorio, bebe la mezcla, deja los vasos, toma el teléfono y se sienta sobre el brazo derecho del sillón.)

John *(atendiendo)*: ¡Hola!

Alma *(ríe)*: ¡John!

John: ¿La señorita Alma?

Alma *(ríe)*: ¿Reconoció mi voz?

John: Reconocí su risa.

Alma *(ríe)*: ¿Cómo está, forastero?

John: Muy bien, señorita Alma. ¿Y usted?

Alma: ¡Sobreviviendo! ¡Sobreviviendo, solamente!
¿Verdad que es espantoso?

John: Hum...

Alma: Usted parece insólitamente lacónico. O quizá debiera decir más lacónico que de costumbre,

John: Pasé una mala noche y me estoy reponiendo de ella.

Alma: ¡Bueno, caballero! Tengo que ajustarle las cuentas.

John: ¿Por qué, señorita Alma?

Alma: Cuando conversamos la última vez, el cuatro de julio, usted dijo que me llevaría a pasear en su automóvil.

John: ¡Ah! ¿Dije eso?

Alma: ¡Claro que sí, señor! Y durante todas estas calurosas tardes, he estado esperando sin aliento y confiando en que usted recordaría su promesa. *(Ríe.)* Pero ahora ya sé cuán insincero es. ¡Su fenómeno de cuatro ruedas pasó repetidas veces como un relámpago junto a la rectoría y aún no he puesto mi... mi trémulo pie en él! *(Ríe.)*

Sra. Winemiller *(parodiando el modo de hablar de Alma y su risa)*: ¡Mi trémulo pie en él!

Alma: ¡Mamá! ¡Cállate!

John *(se levanta y va a sentarse junto al escritorio)*:
¿Qué fue eso, señorita Alma? No la he comprendido.

Alma: ¡Yo sólo lo estaba sermoneando, caballero!
¡Castigándolo verbalmente! ¡ja, ja!

Sra. Winemiller *(con una mueca)*: ¡Ja, ja! *(Alma se vuelve hacia ella, imponiéndole silencio.)*

John: ¿Por qué razón, señorita Alma?

Alma: No se preocupe de eso. ¡Sé cuán ocupado está! (*Risita de la señora Winemiller.*) ¡Mamá, cállate, por favor!

John: Creo que la línea funciona mal.

Alma: Detesto los teléfonos. ¡No sé por qué, pero siempre me hacen reír como si alguien me hurgara en las costillas! (*Ríe.*)

John: ¿Por qué no va simplemente a su ventana y yo iré a la mía, y podremos hablarnos a gritos?

Alma: ¡El patio es tan ancho, que temo estropearme la voz! Y mañana tengo que cantar en la boda de no sé quién.

John: ¿Cantará en una boda?

Alma: Sí. ¡La Voz que Suspiró en el Paraíso! (*Ríe.*) ¡Y estoy ronca como una rana!

John: Más vale que venga y le daré unas gárgaras.

Alma: ¡Qué horribles son las gárgaras! ¡Las aborrezco!

Sra. Winemiller (*imutándola*): ¡Qué horribles son las gárgaras! ¡Las aborrezco!

Alma: ¡Cállate, mamá! ¡Por favor! ¡Como habrá adivinado, John, hay una interferencia en este extremo de la línea! Lo que yo quería decirle, es... ¿Recuerda que mencioné ese pequeño club al cual pertenezco?

John: ¡Ah! ¡Sí! ¡Esas veladas intelectuales!

Alma: Oh, no, no las llame así. ¡Sólo se trata de una pequeña reunión sin solemnidad alguna que se hace todos los miércoles y hablamos de los libros nuevos y nos leemos cosas mutuamente!

John: ¿Sirven alguna cosa?

Alma: ¡Sí, servimos alguna cosa!

John: ¿Alguna cosa líquida?

Alma: Cosas líquidas y sólidas.

John: ¿Implica eso una invitación?

Alma: ¿Acaso no le prometí que lo invitaría? ¡La reunión se efectuará esta noche a las ocho! ¡En mi casa, la rectoría, de modo que le bastará con cruzar el patio!

John: Trataré de ir, señorita Alma.

Alma: ¡No diga que tratará, como si eso requiera un esfuerzo hercúleo! Le bastará con...

John: ¡Cruzar el patio! *(Se levanta, va hacia el consultorio.)* Hum... Resérveme un lugarcito junto al jarro de ponche.

Alma: ¡Eso me sugiere una idea! Tendremos ponche, ponche de frutas, con clarete! ¿Le gusta el clarete?

John: Con locura.

Alma *(ríe)*: ¡Ahora se muestra sarcástico!

John: Discúlpeme, señorita Alma, pero papá necesita el teléfono.

Alma: ¡No colgaré el tubo mientras no me haya prometido venir sin falta!

John: Estaré, señorita Alma. Puede contar con ello.

Alma: ¡*Au revoir*, entonces! Hasta las ocho.

John: Adiós, señorita Alma. *(Con aire zumbón, cuelga el receptor, toma los dos vasos y sale por la izquierda. La luz del consultorio se apaga.)*

Sra. Winemiller *(cuando Alma cuelga el receptor, se levanta y baila burlescamente con giros de vals alrededor de la mesa)*: ¡Alma está enamorada..., enamorada!

Alma *(con aspereza)*: ¡Mamá, se me está acabando la paciencia! *(Yendo hacia su madre.)* Ahora espero a

otra alumna de música y tengo que hacer preparativos para la reunión del club, de modo que te sugiero que... *(Nellie llama a la puerta de calle, a la derecha.)* ¿Quieres ir a tu cuarto? *(La señora Winemiller va a sentarse a la mesa. El timbre de la puerta de calle vuelve a sonar. Alma va a la puerta.)* ¡Sí, Nellie! ¡Voy, Nellie! *(Acercándose a su madre.)* Bueno, quédate aquí. ¡Pero ocúpate de tu rompecabezas o no te daré el helado después de cenar! *(La señora Winemiller comienza a trabajar febrilmente en el rompecabezas. Alma sale por la derecha y dice, detrás de la escena.)* Hola, Nellie. *(Nellie entra corriendo por la derecha, excitándose por algún motivo. Corre hacia el canapé, se deja caer en él sobre las manos y las rodillas, ocultando la cabeza en el asiento.)*

Nellie: ¡Oh, señorita Alma! *(Menea misteriosamente la cabeza.)*

Alma *(que la ha seguido al entrar)*: ¿Qué pasa, Nellie? ¿Ha sucedido algo en tu casa?

Nellie *(se yergue, se vuelve hacia Alma y repentinamente exclama)*: ¡Señorita Alma! ¿No ha tenido usted nunca... entusiasmos?

Alma: ¿Qué?

Nellie: ¡Entusiasmos!

Alma: Sí... Creo que sí.

Nellie: ¿Sabe que yo estoy entusiasmada con usted, señorita Alma?

Alma: No, Nellie.

Nellie: ¿Por qué cree que estoy tomando lecciones de canto?

Alma: Supuse que querías cultivar tu voz.

Nellie (*interrumpiéndola*): Oh... Usted sabe que nunca he tenido voz... y yo, también lo sé. Pero me entusiasmé con usted. Eran los días en que me entusiasman las muchachas. Esos días han pasado... (*Separa las piernas, golpeando el suelo con los tacos.*)... Ahora, me entusiasman los muchachos. (*Se levanta y se acerca a Alma.*) Oh, señorita Alma... Usted conoce a mamá y sabe que me criaron de un modo que sólo usted tuviera que ver con nosotros... ¡y mamá va a esperar los trenes para trabar relación con los viajantes... (*baja dos peldaños.*)... y los trae a casa a beber y a jugar al póker... y todos ellos se portan como cerdos, cerdos, cerdos! (*Subraya esto agitando las manos y la señora Winemiller imita sus gestos y palabras: "¡Cerdos, cerdos, cerdos!"* Alma la hace callar. Nellie se acerca a Alma.) Creí que odiaría siempre a los hombres. Que los aborrecería y despreciaría. Pero, anoche... ¡oh!... (*Se deja caer sobre el canapé, ocultando la cara.*)

Alma (*acercándose al piano*): ¿No será mejor que hagamos algunas escalas hasta que te tranquilices un poco?

Nellie (*incorporándose*): Los oí durante horas en la planta baja, pero no sabía quién era. Me había dormido... y, de pronto, mi puerta se abrió ruidosamente. ¡Él había creído que aquello era el cuarto de baño! (*Vuelve a ocultar la cabeza. La señora Winemiller ríe burlonamente.*)

Alma (*apartándose un poco*): Nellie, creo que no tengo muchas ganas de que me cuentes eso.

Nellie (*escudriñándola, inclinada aún sobre el canapé*): ¿Adivina quién era?

Alma: Creo que no.

Nellie: Alguien a quien usted conoce. Alguien con quien la he visto.

Alma: ¿Quién?

Nellie (*se sienta sobre el canapé, mirándola*): ¡La persona más maravillosa de este gran mundo! Cuando vio que era yo, se acercó y se sentó sobre la cama y me tomó la mano y conversamos, hasta que vino mamá a ver qué había pasado. ¡Debió usted oír las cosas que le gritó él a mamá! ¡La puso como nueva! ¡Le dije que debía enviarme a no colegio para muchachas porque era incapaz de educar a una hija! Entonces fue ella quien empezó a gritarle. "¡Bueno es usted para hablar! -le dijo- ¡Usted no merece llamarse médico!"

Alma: ¿John Buchanan?

Nellie: Sí, claro. El doctor Johnny.

Alma: ¿Estaba... con... tu... mamá?

Nellie: Oh... ¡No era su galán! ¡Lo acompañaba una muchacha y mamá tenía a otro!

Alma: ¿Quién... estaba... con... él?

Nellie: ¡Oh! ¡Una muchacha gritona y ordinaria, con dos zetas en el apellido!

Alma: ¿Gonzalez? ¿Rosa González?

Nellie: ¡Sí, eso es! Pero él... ¡Oh, señorita Alma! Es la persona *más maravillosa* que yo...

Alma (*acercándose*): ¡Tu mamá tenía razón! ¡John Buchanan no merece llamarse médico! Me duele desilusionarte, pero esa persona maravillosa es lamentablemente débil. (*Alguien llama "Johnny, Johnny", fuera, a la izquierda.*)

Nellie (*se levanta, va hacia la ventana de la izquierda, la abre y mira*): ¡Alguien lo llama, ahora!

Alma (*se acerca a la mesa*): Sí, esa gente que grita su nombre, delante de su casa es tan poco recomendable que el padre de John Buchanan no puede permitirle que franquee el umbral. (*Se acerca a Nellie.*) Y cuando lo traen a su casa de noche y lo dejan desparrado sobre la escalinata de la puerta de calle, a ve-

ces al amanecer..., hacen falta dos personas, su padre y la vieja cocinera, para llevarlo al primer piso. Le han sido prodigados todos los dones de los dioses... (*Se repite detrás de la escena; a izquierda, el llamado "Johnny".*)

Nellie (*asomándose por la ventana*): ¡Ahí baja los peldaños! ¡Mírelo saltar!

Alma: Ah...

Nellie: Saltó por sobre el pasamano... ¡Ja, ja!

Alma: Nellie, no te asomes por la ventana... Nos sorprenderán espiando.

Sra. Winemiller (*repentinamente*): ¡Muéstrale a Nellie cómo lo espías tú! (*Nellie se vuelve, la mira y cierra la ventana.*) Oh... Ella sí que es buena cuando se trata de espiar. Se instala detrás de los visillos y atisba y...

Alma (*va hacia su madre para hacerla callar y dice, frenéticamente*): ¡Mamá!

Sra. Winemiller: Lo espía. Cuando él vuelve de noche, Alma baja corriendo del primer piso para acecharlo por esta ventana!

Alma (*yendo hacia la señora y apoyando las manos sobre sus hombros*): ¡Cállate!

Sra. Winemiller (*casi simultáneamente*): ¡Alma acaba de hablar con él por teléfono tuvo un ataque, mientras hablaba! (*Se levanta y va a la izquierda.*): ¡Alma está enamorada! ¡Alma esta enamorada!

Alma (*aferra a su madre de los hombros y la empuja violentamente hacia el enrejado del hogar*): ¡Cállate mamá! (*Pausa, mientras recobra el dominio de, sí misma.*) Nellie, Nellie, vete, por favor.

Nellie (*yéndose hacia la derecha*): Bueno, señorita Alma. Me voy. ¡Buenas noches, señora Winemiller! (*Sale por la derecha. Alma la sigue. Portazo a la derecha, detrás de la escena. Alma vuelve rápidamente.*)

Alma (*va al centro de la habitación*): Si vuelvo a oírte decir algo así, si te atreves alguna vez a repetir semejante cosa en mi presencia o en la de otra persona: ¡eso será la gota que haga desbordar el vaso! (*Se le acerca.*) ¿Me comprendes? ¡Sí, tú me comprendes! Obras como una niña pero tienes el diablo en el cuerpo. Y Dios te castigará... ¡Sí! También yo te castigaré. Te quitaré tus cigarrillos y no te daré más. Tampoco te daré helados. Porque estoy cansada de tu malignidad. Sí, de tu malignidad y de las cosas que te permites decir. ¡La gente se pregunta por qué estoy encadenada aquí! Me compadecen..., ¡me creen una solterona ya! A pesar de que soy joven, ¡joven, todavía! ¡Eres tú..., eres tú quien me ha arrebatado la juventud! (*Cruza dos peldaños a la izquierda.*) Yo no diría eso..., ¡no trataría siquiera de pensarlo (*avanza a primer término.*) si fueras buena, sencilla! Pero yo

podría ofrecerte mi vida para que la pisotearas como una alfombra y tú ni siquiera me das las gracias. Como lo has hecho siempre. ¡Y ahora te atreves a decir esa repulsiva mentira sobre mí... en presencia de esa muchacha!

Sra. Winemiller: ¿Crees que no te oigo acercarte a la ventana de noche para mirarlo entrar y...?

Alma (*tendiendo la mano hacia el sombrero de la pluma*): ¡Dame ese sombrero, mamá! ¡Lo devuelvo, lo devuelvo!

Sra. Winemiller: ¡Lucharé! ¡Lucharé!

(Alma aferra el sombrero. La señora Winemiller también, desgarran el sombrero al disputárselo. La pluma queda en la mano de Alma. La joven lo contempla durante un momento con aire escandalizado.)

Alma (*sinceramente*): ¡Dios se apiade de nosotros! (*Las luces de la rectoría se atenúan hasta que queda sumida en las tinieblas. Una luz especial se proyecta sobre el ángel. La música cesa.*)

ESCENA III

Las luces se encienden e iluminan el interior de la rectoría.

La reunión acaba de iniciarse con la lectura de las actas a cargo de Alma. La joven está de pie en el centro, entre el piano y el canapé, el señor Doremus, sentado en el extremo izquierdo del canapé, y un esbelto joven de aire byroniano, en una silla a la izquierda de la mesa. La viuda Bassett y la bibliotecaria, una muchacha no muy joven ya, de aire pensativo, cuello largo y anteojos de cristales gruesos, están sentadas sobre la banqueta del piano.

Alma (*leyendo*): Nuestra última reunión, que tuvo lugar el catorce de julio...

Sra. Bassett: ¡El día de la Bastilla!

Alma: ¿Decía usted...?

Sra. Bassett: ¡Que tuvo lugar el día de la Bastilla! Pero, querida... ¡Esa reunión fue la penúltima!

Alma (*consultando su libro de notas*): Tiene razón. (*Ríe.*) Por lo visto, me he equivocado de página... (*Unos papeles del libro de actas caen al suelo.*)

Sra. Bassett: ¡Oh, qué descuidada está hoy! (*El señor Doremus y Vernon se levantan para recoger los pa-*

peles, pero quien los aferra es Doremus y se los tiende a Alma.)

Alma: Gracias, Roger... Vernon... (*Doremus y Vernon vuelven a sus asientos. Alma consulta nuevamente el libro de actas.*) ¡Eso es! ¡El veinticinco de julio! ¿No es así?

Sra. Bassett: ¡Ni más ni menos!

Alma (*continuando*): Se discutió si debíamos o no suspender las sesiones por el resto del verano, ya que la partida de varios socios dedicados profesionalmente a la enseñanza para tomarse sus vacaciones...

Sra. Bassett: ¡Gente feliz!

Alma: ...había mermado en forma considerable nuestro pequeño círculo.

Sra. Bassett: ¡Había diezmado nuestras filas! (*Suena el timbre de la puerta de calle, a la derecha.*)

Alma (*nerviosamente*): ¿Es... es... el timbre de la puerta de calle?

Sra. Bassett: Por cierto que así me pareció.

Alma: Excúseme un momento. (*Le tiende el libro de actas a Roger y va a la derecha.*) Creo que puede ser... (*Sale por la derecha, se la oye reír y vuelve.*) Sí, es... ¡Nuestro huésped de honor! (*Se acerca al cana-*

pé. Los hombres se ponen de pie. Entra John, inmaculadamente vestido y deslumbrante, con la chaqueta blanca de lino al brazo. Contrasta de un modo sorprendente con los demás hombres presentes, que parecen los parias de un Estado donde él es ciudadano destacado. Alma lo presenta.) Señoras y señores, les presento al doctor John Buchanan, hijo.

John (acercándose a Alma y mirando con desenvoltura a todos los presentes): Buenos días a todos.

Sra. Bassett: No creí que viniera. Felicitaciones, señorita Alma.

John: ¿Me he perdido mucho?

Alma: . ¡Ni una palabra! Sólo las actas... Lo ubicaré en el canapé. A mi lado. (Al oír esto, Roger se acerca para mirar con aire de interrogación a Alma, que rebuye sus ojos. John le sonríe a Roger y entonces éste va a la derecha de la mesa y le hace señas a Vernon de que quiere cambiar el asiento con él. Vernon va al foro, toma la silla de alto respaldo que está allí y la ubica en la misma línea de la otra silla, y él y Roger se sientan finalmente. Alma toma la chaqueta de John y va hacia el enrejado del hogar, colgándola allí.). No debemos permitir que se arrugue esta linda prenda. (Vuelve al canapé y se sienta junto a John.) Bueno... ¡Ahora todos estamos reunidos!

Sra. Bassett (con vehemencia): ¡Vernon ha traído esta noche su comedia en verso!

Alma (con malestar): ¿Es cierto eso, Vernon?

(Evidentemente, así es. Vernon tiene sobre las rodillas un libretto de cuatro pulgadas de grosor. Se dispone a ponerse de pie, con el libretto en la mano.)

Roger (estira la mano y lo detiene): Hemos decidido postergar eso hasta que el tiempo sea más fresco. (Vernon se deja caer en su silla.) Se supone que la señorita Rosemary nos leerá hoy un ensayo sobre William Blake.

Sra. Bassett: ¡Esos poetas muertos tienen mucha resistencia!

(John ríe.)

Alma (se levanta de un salto con excitación y se para delante de la mesa): ¡Señora Bassett! ¡Señores! Mi opinión sobre la comedia en verso es la siguiente. Se trata de algo demasiado importante para leerlo en circunstancias que no sean ideales. No sólo atmosféricas... en una noche fresca, y con acompañamiento de música. ¡Sino que todos deben estar presentes para que nadie se la pierda! ¿Por qué no...?

Roger: ¿Por qué no lo decidimos con una votación?

Alma (aplaudiendo): ¡Bien, bien, perfecto! (Vuelve a su asiento, junto a John.)

Roger: Todos los que opinen que se debe postergar la

lectura de la comedia en verso hasta que refresque...
¡pónganse de pie!

(Todos se levantan menos Rosemary, la señora Bassett y Vernon. Rosemary empieza a incorporarse con indecisión, pero la señora Bassett le tira del brazo.)

Rosemary: ¿Fue esto una votación?

Roger: ¡Vamos, señora Bassett! ¡Nada de tácticas violentas!

Alma: ¿Tienen abanicos todos ustedes? John, usted no lo tiene!

(Va hacia la mesa, toma el abanico de Roger, vuelve y se lo da a John; ambos se sientan sobre el canapé. Roger vuelve a su silla. Rosemary se pone de pie con su ensayo.)

Rosemary: El poeta: William Blake.

Sra. Bassett: ¡Un demente, un demente! ¡Ese hombre fue un loco fanático!

Roger: ¡Vamos, señora Bassett!

Sra. Bassett: Estamos en un país libre. Puedo decir mi opinión. Y he leído mucho sobre él. Sigue, Rosemary. Yo no criticaba tu ensayo. (Rosemary se muestra herida.)

Alma: La señora Bassett bromea, Rosemary.

Rosemary: No, no quiero leerlo si Blake le inspira esos sentimientos. (Se sienta, en el extremo izquierdo de la banqueta del piano.)

Sra. Bassett: ¡En absoluto! ¡No seas tonta! (Se levanta y se acerca a la mesa.) ¡Simplemente, no veo por qué hemos de estimular las obras de gente así, que ha descendido ya a la tumba del borracho!

John: ¿Blake bebía?

Roger: Nunca oí decir eso.

Alma (poniéndose de pie): En eso, la señora Bassett se equivoca. Señora Bassett, usted ha confundido a Blake con otra persona.

Sra. Bassett (obstinada): Oh, no, no me diga eso. He leído mucho sobre él y sé lo que digo. ¡Blake viajó por todas partes con ese francés que le disparó un balazo y ambos fueron a parar a la cárcel! ¡Bruselas, Bruselas!

Roger (volviéndose): ¡Coliflores de Bruselas!¹

1N. del T.: En realidad, un juego de palabras intraducible. Los "Brussels spourts" son una especie emparentada con la coliflor y la col. Como "spourts" significa "broteso renuevos". Roger quiere decir que Blake y su amigo fueron dos buenos brotes de Bruselas.

Sra. Bassett: ¡Fue allí donde sucedió! ¡Su amigo disparó contra él cuando estaba sumido en el sopor de la borrachera y más tarde uno de ellos murió tuberculoso en la vía pública! *(Se interrumpe y pasea una mirada a su alrededor.)* Perfectamente. He terminado. No diré una sola palabra más. *(Vuelve a sentarse.)* Sigue con tu ensayo, Rosemary. ¡Nada como el contacto con la cultura!

Alma: Creo que antes de que Rosemary lea el ensayo sobre Blake, sería conveniente que, ya que algunos de nosotros no estamos familiarizados con su obra, se prologaran sus comentarios críticos y biográficos con la lectura de uno de sus más bellos poemas líricos.

Rosemary: ¡Yo no voy a leer nada! ¡Absolutamente nada!

Alma: Entonces, permíteme que lo lea yo... *(Se adelanta, toma el ensayo de manos de Rosemary, y va hacia el centro, ubicándose de espaldas al público. El grupo adopta diversas actitudes al escuchar.)* Éste se llama "Secreto de Amor". *(Lee.)*

Nunca trates de decir tu amor,
amor que nunca puede decirse,
porque el suave viento se mueve
silenciosa, invisiblemente.

Dije mi amor, dije mi amor,
se lo dije con toda el alma.

Temblando, helado de terrible miedo,
se fue mi amor.

¡Apenas se hubo separado de mí,
un forastero que pasaba,
silenciosa, invisiblemente,
se lo llevó con un suspiro!

(Hay aplausos. Alma se adelanta y le devuelve el ensayo a Rosemary.)

Sra. Bassett: Querida, tienes razón. No era ése el hombre a quien me refería. *(Se levanta, se acerca a la mesa y mira a Roger.)* Pensaba en el que escribió aquello de "los rojos labios comprados". *(Va a la izquierda y se sienta junto a John en el canapé.)* ¿Quién fue el que escribió aquello de "los rojos labios comprados"?

(John se levanta bruscamente y se dirige hacia la puerta de la derecha.)

Alma: ¡John!

John *(saliendo por la derecha)*: ¡Tengo que visitar a un enfermo!

Alma: ¡Oh, John! *(Toma precipitadamente la chaqueta de John del enrejado del hogar y sale en pos de él.)*

(Por un momento reina el silencio, mientras el grupo los sigue con los ojos. Luego Rosemary se po-

ne de pie, interpretando esto como una indicación para que lea su ensayo.)

Rosemary: "¡El poeta William Blake nació en 1767...

Roger: De padres pobres, pero honrados.

Sra. Bassett: Nada de comentarios desdeñosos, caballero. Adelante, Rosemary. ¡Tu voz es tan hermosa!

(Alma vuelve, con aire aturdido. Va hacia Rosemary y se detiene entre ella y la señora Bassett.)

Alma: Por favor, perdona esta interrupción, Rosemary. El doctor Buchanan tenía que visitar a un paciente.

Sra. Bassett *(con acritud)*: Apostaría a que sé de qué paciente se trata. ¡Ja, Ja! Es esa muchacha, Rosa González, cuyo padre es el propietario del garito del lago Moon y va a todas partes con un revólver en el cinturón. ¡Johnny Buchanan terminará por recibir un tiro con esa gente!

Alma: Pero, señora Bassett... ¿Quién le sugirió esa idea? ¡Creo que John ni siquiera conoce a Rosa González!

Sra. Bassett: La conoce, sí que la conoce. ¡En el sentido bíblico de la palabra, con perdón de usted!

Alma *(avanza hacia ella, obstinadamente)*: ¡No, no la perdono! ¡Creo que eso es imperdonable!

Sra. Bassett: ¿Está enamorada de él, Alma? ¡Alma se ha enamorado del joven médico! ¡Me dicen que tiene muchas pacientes nuevas!

Alma *(gira repentinamente sobre sí misma y martillea sobre la mesa con los dedos)*: ¡Basta! ¡No quiero que aquí se hable con malignidad! *(Se acerca a la señora Bassett.)* ¡Ustedes lo han alejado de la reunión, cuando yo me había jactado de que eran gente talentosa e interesante! ¡Se han exhibido en el peor aspecto y sonreído como unos tontos y charlado y se han portado como unos idiotas, unos idiotas! ¿Qué estoy diciendo? Yo... Yo... ¡Perdóñenme! *(Se va precipitadamente por la derecha.)*

Roger *(levantándose)*: Hago moción de que se levante la sesión.

(Vernon se pone de pie, reintegra la silla a su sitio y sale por la derecha.)

Sra. Bassett *(yéndose por la derecha)*: Apoyo la moción. ¡Pobre Alma!

Roger *(siguiéndola y llevándose el libro de actas)*: Ya no es la de antes, últimamente...

Rosemary *(lentamente, con aire de duda, mientras se va por la derecha)*: No comprendo. ¿Qué ha pasado?

(Las luces se apagan y la rectoría queda en la tinieblas. Se enciende la luz que se proyecta sobre el ángel y el cielo. La música cesa.)

ESCENA IV

Interior del consultorio.

Las luces se encienden parcialmente en el consultorio y sobre el panorama.

John, sentado en el sillón frente al escritorio, tiene el brazo herido y trata de vendárselo. Rosa está sentada en el sofá, con un vaso lleno a medias de whisky en la mano.

John (teniendo el brazo, mientras sostiene el extremo del vendaje con una mano): Ten esa punta. (Rosa se levanta, se le acerca, pone el vaso sobre el escritorio, se sienta, agarra el vendaje.) Arróllalo alrededor del brazo. Cíñelo bien. (Ella obedece. Alma ha entrado por la derecha a la rampa, va hacia los peldaños y baja hacia la del consultorio. Llama. Ellos miran la puerta, en silencio. Alma vuelve a golpear.) Más vale que yo abra antes de que despierten al viejo. (Bajando la manga para ocultar el vendaje, se levanta, va hacia la derecha y abre. Alma entra, pero se detiene bruscamente al ver a Rosa. La luz del escenario se intensifica.) Espera fuera, Rosa. En el vestíbulo. ¡Pero no hagas ruido! (Rosa mira a Alma desafiante mientras sale por la izquierda, llevando la botella de whisky.) Un caso de urgencia.

Alma: El paciente a quien tenía usted que visitar. (John sonríe.) Necesito hablar con su padre.

John (*dando un paso hacia la derecha*): Duerme.
¿Puedo hacer algo yo?

Alma: No, no lo creo. Tengo que ver a su padre.

John: Son las dos de la mañana, Alma.

Alma: Lo sé, pero temo que necesite verlo.

John: ¿Qué pasa?

Voz del padre de John (*desde arriba, izquierda*): ¡John!
¿Qué pasa ahí abajo?

John (*yendo hacia la izquierda*): Poca cosa, papá. Alguien que se ha cortado en una pelea.

Voz: Voy a bajar.

John: No. ¡No bajes! ¡Quédate en cama! (*Se arremanga para mostrarle a Alma la herida vendada. Alma profiere una exclamación entrecortada y se deja caer sobre el sofá.*) Lo he curado, papá. ¡Duérmete!

Alma: Ha estado usted en una gresca con esa... ¡mujer!

John (*asiente y se baja la manga. Va al otro lado del escritorio*): ¿La está molestando de nuevo su *doppelganger*?

Alma: Con quien quiero hablar es con su padre.

John: Sea razonable, Alma. Usted no está tan enferma.

Alma (*se levanta, va hacia el escritorio y se apoya sobre él, mirándolo de frente*): ¿Cree que yo vendría aquí a las dos de la mañana si no estuviera seriamente enferma?

John (*yendo hacia la mesita de la izquierda*): No se puede prever qué haría en un estado de histeria. (*Pone varios comprimidos en un vaso, vierte en éste el agua del termo y se acerca a la joven.*) Bébase esto, Alma.

Alma: ¿Qué es?

John: Un par de pequeños comprimidos blancos disueltos en agua.

Alma: ¿Qué comprimidos?

John (*sonriendo*): ¿No confía en mí?

Alma (*se sienta delante del escritorio*): Usted no está en condiciones de inspirar mucha confianza. (*Está de frente al público, al parecer próxima a perder el dominio de sí misma y a echarse a llorar. John, adivinándolo, se le acerca, deja el vaso sobre el escritorio y apoya suavemente las manos sobre sus hombros.*) Me siento destrozada.

John: La agotó la reunión de intelectuales.

Alma: Usted huyó rápidamente de ella.

John (*sentándose sobre el escritorio*): No me gustan las reuniones. Salvo las de dos.

Alma: ¿Como la que tuvo con esa dama que está afuera?

John: O la que tengo con usted.

Alma (*se vuelve hacia él y le dice nerviosamente*): ¿Dónde está el...? (*Tiende la mano hacia el vaso con el medicamento.*)

John: ¡Ah!... ¿Se ha decidido a tomarlo? (*Le tiende el vaso. Alma bebe y se atraganta.*) ¿Amargo? (*Tor-nándole el vaso de la mano, vuelve a dejarlo sobre el escritorio.*) Le dará sueño.

Alma: Así lo espero. No podía dormir.

John: ¿Y tenía miedo?

Alma. Sí. Me sentía encerrada.

John: ¿Empezó a oír su corazón?

Alma. Sí. ¡Parecía un tambor!

John (*sacando su reloj del bolsillo del chaleco*): ¿Eso la asustó?

Alma: Siempre me asusta.

John: Claro. Lo sé.

Alma: Creo que no pasaré del verano.

John: Sí que pasará, Alma.

Alma: ¿Cómo?

John: Vendrá un día tras otro y una noche tras otra, hasta que tarde o temprano habrá pasado el verano, y entonces llegará el otoño, y usted se dirá: No sé cómo haré para pasar el otoño.

Alma: Ah...

John: Eso es. ¡Respire hondo!

Alma: Ah...

John: Bien. ¡Otra vez!

Alma: Ah...

John: ¿Se siente mejor?

Alma: Un poco.

John: Pronto estará mucho mejor. (*Con el reloj en la mano, le aferra la muñeca y alza el reloj.*) ¿Sabe que el tiempo es uno de los lados del continuo tetradi-mensional en que estamos atrapados?

Alma: ¿Qué?

John: ¿Sabe que el espacio es curvo, que se reabsorbe en sí mismo como una pompa de jabón, a la deriva en algo que es menos aún que el espacio?

Voz de Rosa (*se oye débilmente, fuera*): ¡Johnny! (*Alma se vuelve hacia la voz.*)

John: ¿Sabe que las nubes magallánicas están a cien mil años luz de la tierra? ¿No? (*Alma menea levemente la cabeza.*) Conviene que piense en eso cuando se aflige por su corazón, ese pequeño puño rojo que debe martillar, martillar contra la gran puerta negra. (*Suelta la muñeca de Alma.*)

Voz de Rosa (*más clara*): ¡Johnny!

John: ¡Cállate! (*A Alma.*) Su corazón no tiene nada, nada más que una leve perturbación funciona], como ya se lo dije. ¿Quiere que lo verifique? (*Alma asiente, en silencio. John se levanta, va hacia el escritorio, deja el reloj sobre la tapa, abre la gaveta superior de la izquierda y saca un estetoscopio.*)

Alma (*se levanta*): Me fastidia hacer esperar a esa dama que está ahí fuera.

John (*yendo a la izquierda*): A Rosa no le importa esperar. Desabotone su blusa. (*Se cuelga el estetoscopio alrededor del cuello.*)

Alma: ¿Que me desabotone...?

John: La blusa. (*Vuelve la silla en forma tal que mire a primer término.*)

Alma: ¿No sería mejor... que volviera por la mañana... cuando su padre pudiese...?

John: Como quiera, Alma. (*Alma va hacia la silla y se sienta. Sus dedos juegan torpemente con los botones de su blusa.*) ¿Los dedos no trabajan?

Alma (*sin aliento*): ¡Como si se me hubieran helado!

John (*se arrodilla junto a ella*): Permítame. (*Se inclina sobre ella y desabotona su blusa.*) Pequeños botones de nácar...

Alma: Si su padre descubriera a esa mujer en la casa.

John: No la descubrirá.

Alma: Eso lo afligiría muchísimo.

John: ¿Se lo dirá usted?

Alma: ¡Claro que no!

John (*ríe y le aplica el estetoscopio al pecho*): Espire... ¡Espire!

Alma: Ah...

John: Hum... *(Se levanta, va hacia el escritorio y deja sobre él su estetoscopio.)*

Alma: ¿Qué oye?

John *(va hacia el otro extremo del escritorio):* ¡Sólo una vocecita que dice: Alma se siente solitaria!

Alma *(levantándose y yendo hacia la puerta de la derecha.):* Si para ayudar a un paciente usted se burla de él y lo insulta...

John *(la aferra de los hombros y la detiene):* Para ayudarla, le diré la verdad. *(Alma ha levantado la mano para repelerlo. Él la agarra y mira el anillo que ostenta el dedo de la joven.)* ¿Qué piedra es ésa?

Alma: Un topacio.

John: Hermosa piedra. ¿Sus dedos están helados, aún?

Alma: Un poco.

John *(se lleva la mano de Alma a la boca y sopla sobre sus dedos. Luego, llevándola con dulzura al sofá, la sienta allí):* Soy la parodia de un médico. Resulto demasiado egoísta. *(Reclinándose contra el lado derecho del escritorio.)* Pero trataremos de pensar en usted.

Alma: ¿Por qué habría de molestarse por mí?

John: Ya sabe que me inspira simpatía y creo que merece ser tratada con mucha consideración.

Alma: ¿Por qué?

John: Porque su corazón rebosa sentimientos y eso es raro. Resulta muy fácil herirla. ¿La he herido esta noche?

Alma: Sí, cuando se levantó de un salto del sofá y salió corriendo de la rectoría con... ¡con una prisa tan frenética que olvidó su chaqueta!

John: Ya la retiraré en alguna oportunidad.

Alma: Cuando conversamos por última vez, usted dijo que me llevaría a pasear en su automóvil, pero se le olvidó.

John: No lo olvidé. Miré muchas veces la rectoría y me pregunté si valía la pena intentar que usted y yo...

Alma: ¿Y llegó a la conclusión de que no valía la pena?

John: Fui allí esta noche, pero no estábamos solos. ¿Se le han calentado los dedos?

Alma: Esos comprimidos son de acción rápida. Ya me estoy sintiendo soñolienta. *(Se echa atrás, con los ojos casi cerrados.)* Estoy empezando a sentirme casi como un nenúfar. Un nenúfar en un lago chino. *(Una pesada campana de hierro da las tres a lo lejos.)*

Voz de Rosa: Johnny!

Alma (*se levanta y va hacia la puerta*): Tengo que irme.

John (*se acerca a la mesa de la izquierda, delante del biombo plegadizo y saca una caja con comprimidos*): La llamaré por teléfono el sábado, a las ocho de la noche.

Alma (*bajando dos peldaños*): ¿Qué?

John (*acercándose, con los comprimidos*): Le daré esta caja de comprimidos, pero tenga cuidado. No tome nunca más de uno o dos por vez.

Alma. ¿No había dicho usted otra cosa, hace un momento?

John: Dije que la llamaría por teléfono a la rectoría el sábado por la noche.

e Alma: Ah...

John: ¿Le parece bien? (*Alma asiente en silencio. Se queda con la caja en la palma de la mano, como si ignorara su contenido, John cierra con dulzura los dedos de Alma sobre la caja.*)

Alma: ¡Oh! (*Ríe, débilmente.*)

Rosa (*entra por la izquierda y va hacia él*): Johnny!
(*Alma sale precipitadamente por la derecha. Las lu-*

ces del consultorio se atenúan y su resplandor se concentra sobre el cuadro anatómico.)

John: ¿Cree que podrá encontrar el camino para volver a su casa, Alma? (*Cuando cierra la puerta, Rosa va hacia el cuadro anatómico. John se le acerca, la toma con rudeza entre sus brazos, la besa. Se apagan las luces en el consultorio, y se ilumina la figura del ángel.*)

ESCENA V

Las luces de la rectoría se encienden parcialmente. También se encienden las que se proyectan sobre el panorama de cielo, apareciendo las estrellas.

Se ve en la rectoría al Reverendo Winemiller y su mujer. Él está a la derecha de la mesa, leyendo su sermón. La Señora Winemiller se halla sentada en el canapé, abanicándose con indolencia. Alma entra corriendo por la derecha y deja su sombrero y sus guantes sobre la banqueta del piano.

Alma: ¿Qué hora es, papá?

Rev. Winemiller (*sacando el reloj*): Las ocho menos cinco. Estoy trabajando en mi sermón. (*Reintegra el reloj a su bolsillo....*)

Alma: ¿Por qué no trabajas en el estudio?

Rev. Winemiller: La atmósfera es sofocante. De modo que no me molestes.

Alma (*mira rápidamente a su madre y le dice a su padre*): ¿Habría alguna posibilidad de enviar arriba a mamá si viniera alguien?

Rev. Winemiller: ¿Esperas visitas?

Alma: No. Sólo existe la posibilidad de que alguien venga.

Rev. Winemiller: ¿A quién esperas?

Alma: Dije que no espero a nadie, que sólo hay la posibilidad de que...

Rev. Winemiller: ¿Al señor Doremus? Yo tenía entendido que ésta es la velada que pasa con su madre.

Alma: Sí, es la velada que pasa con su madre.

Rev. Winemiller: Entonces... ¿quién vendrá, Alma?

Alma: Lo más probable es que no venga nadie. Absolutamente nadie. (*Se sienta en la banqueta del piano.*)

Rev. Winemiller: Todo esto es muy misterioso.

Sra. Winemiller: Vendrá a verla el joven de al lado. Ése es quien vendrá. (*Se levanta el vestido por encima de las rodillas.*)

Alma (*va hacia su madre, se arrodilla y le baja el vestido*): Si te vas arriba, mamá, hablaré por teléfono a la droguería y pediré que manden un kilo de helado fresco de durazno.

Sra. Winemiller: Iré arriba cuando esté pronta... completamente pronta. ¡Ya lo sabes, señorita Winemiller! (*Vuelve a levantarse el vestido.*)

Alma (*va hacia el centro de la habitación*): Más vale que te diga quién puede venir, de modo que si se presenta no suceda nada desagradable. El doctor John Buchanan dijo que quizá viniera.

Sra. Winemiller (*se levanta de un salto*): ¿Lo ves?

Rev. Winemiller (*quitándose los anteojos*): No puedo creer que hables en serio.

Alma (*yendo hacia la ventana*): Sí que hablo en serio.

Sra. Winemiller: ¿No te lo dije?

Rev. Winemiller (*levantándose*): ¿Será posible que ese joven venga aquí?

Alma: Me preguntó si podía venir y le dije que sí, si quería hacerlo. Pero ya son las ocho pasadas y parece improbable que nos visite.

Rev. Winemiller: Si viene, subirás a tu habitación y yo lo recibiré.

Alma: Si viene no haré tal cosa, papá. (*Va a sentarse en el canapé.*)

Rev. Winemiller (*acercándose*): Debes haber perdido el juicio.

Alma: Lo recibiré yo. Puedes irte a tu gabinete y máxime a su cuarto. (*La Sra. Winemiller se sienta a la de-*

recha de la mesa.) Pero si viene seré yo quien lo reciba. No juzgo a la gente por las habladorías. ¡Sé que unos viejos entrometidos que le envidian su juventud y talento y simpatía han juzgado y tergiversado su personalidad en la forma más grosera!

Rev. Winemiller: Si tú no has perdido el juicio, soy yo quien está loco. (*La Señora Winemiller enciende furtivamente un cigarrillo.*)

Alma: Yo diría que todos somos un poco raros, papá...

Rev. Winemiller: Bueno, lo cierto es que yo he debido cargar con una cruz insoportable... (*Va hacia la Sra. Winemiller le quita el cigarrillo de la boca, lo apaga.*)...y quizá pueda cargar con otra. Pero si crees que me voy a retirar a mi gabinete cuando venga ese joven, probablemente con una botella de whisky en una mano y un par de dados en la otra... (*Alma se levanta y va a la izquierda.*)... más vale que cambies de idea. (*Toma su sermón de la mesa y va hacia el canapé.*) Me sentaré aquí y lo observaré hasta que se vaya. (*Se sienta. Fuera, se oye un silbido.*)

Alma (*va hacia la banqueta del piano y toma su sombrero y sus guantes*): En realidad, creo que iré a la confitería y encargará el helado personalmente. (*Sale de prisa por la derecha.*)

Sra. Winemiller (*se levanta y va al otro lado de la mesa*): ¡Se marcha con él! ¡Ja, ja!

Rev. Winemiller (*mirando*): ¡Alma! ¡Alma! (*Se levanta, va hacia la puerta.*) ¿Dónde estás Alma? ¡Alma! (*Sale por la derecha.*)

Sra. Winemiller (*da unas vueltas y luego sale en pos de él*): ¡Ja, ja! ¿Quién ha sido el engañado? ¿Quién ha sido el engañado? ¡Ja, ja! La cruz insoportable eres tú, tú mismo, viejo... charlatán... (*Sale por la derecha. Detrás de la escena se le oye gritar al reverendo "¡Alma!" Se apagan las luces, menos las del cielo, y las estrellas. Por la izquierda, se oye la melodía de un bailable.*)

ESCENA VI

Una glorieta delicadamente sugerida. Este diminuto decorado puede ubicarse en primer término, delante de los dos interiores. Al foro, como durante la comedia, se ve vagamente al ángel de la fuente.

Este decorado de la glorieta se baja en la oscuridad. Cuando está ya en su lugar, Dusty, el camarero, entra por la izquierda, trayendo la mesa con una lámpara sujeta a ella, y cruza el consultorio en tinieblas. Cuando ha puesto la mesa delante de la glorieta, aparece un detalle especial, el efecto de follaje, del balcón del frente. Dusty frota un fósforo y enciende la lámpara, la cual ilumina toda la zona de la mesa. Luego, hay que encender varias luces más. Dusty sale por la izquierda y vuelve a entrar con dos sillas, que ubica a ambos lados de la mesa. La voz de John se oye antes de que él y Alma entren por la izquierda.

John (*detrás de la escena*): No comprendo por qué no podemos entrar en el Casino.

Alma (*baja los peldaños, seguida por John*): Usted lo comprende. Pero finge no comprender. (*Dusty sale por la izquierda.*)

John: Dígame una sola razón.

Alma: Soy hija de un sacerdote.

John: Eso no es una razón. (*Va hacia el foro y grita a la izquierda.*) ¡Chico!

Alma (*yendo al otro lado de la mesa*): Usted es médico. Esa razón es más poderosa. ¡Usted, como yo, no puede permitir que lo vean en esos lugares!

John (*a voz en cuello*): ¡Dusty! ¡Eh, Dusty!

Dusty (*detrás de la escena*): ¡Sí, señor!

John (*se vuelve y mira a Alma*): ¿Qué busca en ese bolso?

Alma: Nada.

John (*se le acerca*): ¿Qué tiene ahí? (*Toma el bolso de Alma.*)

Alma: ¡Suelte eso!

John (*le quita el bolso y se ve en él la caja de píldoras*): ¿Esos comprimidos que le di para dormir?

Alma: Sí.

John: ¿Para qué?

Alma: Necesito uno.

John: ¿Ahora?

Alma: Sí.

John: ¿Por qué?

Alma: ¿Por qué? Porque poco me faltó para morir de un síncope cardíaco en su automóvil. ¿Qué lo poseía para conducir así? ¿Un demonio? (*Se sienta a la derecha de la mesa. Dusty entra por la izquierda. Se acerca a John.*)

John (*va hacia él, después de arrojar el bolso sobre la mesa. Cuando lo hace, Alma trata de aferrarlo, pero John cubre el bolso con la mano, impidiéndoselo. A Dusty.*) Una botella de vino tinto.

Dusty: Sí, señor. (*Marca mutis por la izquierda.*)

John: ¡Oiga! (*Dusty se detiene sobre los peldaños.*) Dígale a Shorty que quiero oír el "Yellow Dog Blue". (*Dusty sale por izquierda. John se vuelve hacia Alma.*)

Alma: Haga el favor de devolverme esos comprimidos.

John (*tira el bolso sobre la mesa, cerca de él*): ¿Quiere habituarse a las drogas? Le dije que tomara un comprimido cuando lo necesitara.

Alma: Necesito uno ahora. (*Se oye la melodía del "Yellow Dog Blues".*)

John: Siéntese y déjese de tragar aire. (*Dusty vuelve con una botella de vino y dos copas de pie fino, y*

las deja sobre la mesa.) ¿Cuándo empieza la riña de gallos?

Dusty: Poco más o menos a las diez, doctor Johnny. *(Mutis.)*

Alma: ¿Cuándo empieza qué?

Dusty: Aquí hay una riña de gallos todos los sábados por la noche. ¿Ha visto alguna vez una? *(Le sirve vino a Alma y le pone la copa delante.)*

Alma: Quizás en una encarnación anterior. *(John la mira y se sirve vino.)*

John *(sentándose a la izquierda de la mesa)*: Verá una esta noche.

Alma: Oh, no. No la veré.

John: Para eso hemos venido.

Alma: No creo que esas exhibiciones sean legales.

John *(bebiendo)*: Estamos en el Casino del Lago Moon, donde todo es legítimo. *(Se echa atrás en su silla.)*

Alma: ¿Y usted es su cliente asiduo?

John: Yo diría, más bien, constante.

Alma: Entonces, temo que debió hablar en serio cuando dijo que renunciaría a su carrera de médico.

John *(se levanta y se sirve más vino)*: No dude de que lo dije en serio. La enfermedad, el dolor y la muerte asedian la vida de un médico. *(Bebe y deja la botella sobre la mesa.)*

Alma: ¿Puedo atreverme a preguntarle qué hará cuando la abandone?

John: Puede atreverse a preguntármelo.

Alma: Pero usted no me lo dirá... ¿verdad?

John *(se sienta sobre la mesa)*: No lo he resuelto aún, pero últimamente he estado pensando en la América del Sur.

Alma *(con tristeza)*: ¡Ah!...

John: He oído decir que los bares sudamericanos son mucho más divertidos que los nuestros y que las señoritas de Latinoamérica son el caviar del sexo femenino.

Alma: El hermano de Dorothy Sykes fue a la América del Sur y no volvieron a oír hablar de él. *(John bebe.)* Hace falta un carácter recio para sobrevivir en los trópicos. En caso contrario, es un tembladera!

John *(inclinándose hacia ella)*: ¿Me cree de poco carácter?

Alma: Sólo creo que en su alma reina la confusión, una confusión espantosa, tanto como en la mía... pero de un modo distinto...

John (*se levanta, va hacia el banco, se despatarra, se acoda, con el pie sobre él*): ¡Ajá! Está bueno.

Alma: Usted solía decir eso cuando niño... ¡para dar a entender que estaba disgustado!

John (*sonriendo*): ¿De veras? (*Bebe.*)

Alma (*con aspereza*): ¡No se siente así!

John: ¿Por qué no?

Alma: ¡Su aspecto es tan indolente e indigno!

John: Quizá lo sea.

Alma: Si es forzoso que vaya a alguna parte... ¿por qué no elige alguna región de clima tonificante?

John (*se incorpora y la mira, sonriendo*): En la América del Sur hay lugares muy frescos.

Alma: No lo sabía.

John: Pues ya lo sabe.

Alma: Esos latinos sueñan siempre al sol... y les dan satisfacción a sus sentidos.

John: ¿Sabe quién obtiene más gloria en este mundo? El que usa sus sentidos para lograr todo lo posible en materia de... satisfacción. (*Bebe.*)

Alma: ¿De... autosatisfacción?

John: ¿Acaso existe otra?

Alma. Le responderé a esa pregunta formulándole otra. ¿Ha visto alguna vez, en la realidad o en un cuadro, una catedral gótica?

John: ¿Una catedral gótica? Bueno... ¿Y qué?

Alma (*se levanta y se le acerca*): ¿Ha notado cómo tiende todo en ella hacia las alturas, cómo parece esforzarse todo por llegar a algo que está fuera del alcance de la piedra... o de los dedos humanos? Los inmensos vitrales de colores, las grandes puertas en arco que quintuplican o sextuplican la estatura del más alto de los hombres... el techo abovedado y todas las delicadas agujas... ¡todo trata de subir a algo que está fuera de su alcance! Para mí... bueno, ése es el secreto, el principio que sustenta la vida... la incesante lucha y aspiración a algo más que lo que nos han puesto al alcance de nuestros límites humanos. ¿Quién dijo que...? ¡Oh, algo tan hermoso!... "Todos estamos en el arroyo... (*mira hacia arriba, tendiendo la mano*)... ¡pero algunos miramos las estrellas!"

John (*le toma la mano y se la zamarrea*): El señor Oscar Wilde.

Alma (*algo desconcertada*). Bueno... Quienquiera lo haya dicho, es cierto. (*Pone su otra mano sobre la de él.*) ¡Algunos miramos las estrellas!

John: No tiene gracia tenerse las manos con los guantes puestos, Alma.

Alma (*retirando las suyas*): Eso se remedia fácilmente. Me los quitaré. (*Empieza a quitárselos.*)

John (*se levanta repentinamente y va a la izquierda*): ¡Caramba! (*Del Casino llega música. Enciende un cigarrillo. La escucha durante un momento, mirando a la izquierda.*) Está bailando Rosa González.

Alma (*se sienta a la derecha de la mesa*): Usted me odia porque lo privo de la compañía de toda esa gente que está ahí. Pues bien... Pronto se librará de mí. Lléveme a casa y vuelva solo. Únicamente he salido en serio con tres jóvenes, y en los tres casos hubo un desierto entre nosotros.

John: ¿Qué entiende por desierto?

Alma: ¡Oh! Anchas... muy anchas extensiones de tierra inhabitable.

John (*pone el pie sobre la silla de la izquierda*): Quizás usted la haga inhabitable mostrándose tan poco accesible.

Alma: Hice todo un esfuerzo con un par de ellos.

John: ¿Qué esfuerzo?

Alma: Oh... Traté de entretenerlos, las primeras veces. Canté y bailé para ellos en la sala de recibo de la rectoría.

John: ¿Con su padre en la habitación contigua y con la puerta entreabierta?

Alma: No creo que la dificultad fuera ésa.

John: ¿Y cuál fue?

Alma: No... no estaba en juego mi corazón. (*Ríe, con indecisión.*) Se interponía entre nosotros un silencio, ¿Sabe qué es un silencio?

John: Sí. Sé qué es un silencio.

Alma: Yo trataba de hablar y él también y los dos sin éxito.

John: ¿Y se hacía el silencio?

Alma: Sí. El enorme silencio.

John: ¿Y usted volvía al piano?

Alma: Hacía girar mi anillo. A veces, con tanta fuerza que me lastimaba el dedo... y entonces, él consultaba su reloj y los dos adivinábamos que la inútil empresa había tocado a su término...

John: ¿Y rompían? (*Retira el pie de la silla, saca un cigarrillo.*)

Alma: Rompíamos... Así era como lo llamábamos. En un par de oportunidades, lo lamenté bastante.

John: ¿Pero su corazón no estaba en juego...?

Alma: En realidad, ninguno de ellos provocó en mí un sentimiento serio.

John (*va hacia la mesa y se sienta a medias sobre ella, mirando a Alma*): ¿Usted tiene sentimientos serios... de esta clase?

Alma: ¿No les sucede eso a todos... a veces?

John: Hay mujeres frías. Y mujeres que son lo que se llama frías.

Alma: ¿Le causo esa impresión?

John (*inclinándose hacia ella*): Escarbando bajo la superficie, hay en usted mucha excitación, mucho más que en cualquiera otra de las mujeres que he conocido. Tanto que debe llevar consigo esos comprimidos para conciliar el sueño. El interrogante es... ¿por qué? (*Se inclina y alza el velo de Alma.*)

Alma: ¿Para qué hace eso?

John: Para que no le entre el velo en la boca cuando la bese.

Alma (*débilmente*): ¿Quiere hacer eso?

John (*con dulzura*): Señorita Alma. (*La toma en sus brazos y la obliga a ponerse de pie.*) ¡Oh, señorita Alma, señorita Alma! (*La besa.*)

Alma (*en voz baja, con tono desfallecido*): Nada de "señorita", ya, Alma, simplemente.

John (*sonriendo, con aire amable*): "Señorita" le cuadra mejor, Alma. (*Vuelve a besarla. Ella le devuelve el beso luego le toca con aire indeciso los hombros, pero no lo suficiente para rechazarlo. John dice, con dulzura.*) ¿Le cuesta tanto olvidar que es hija de un predicador?

Alma: No hay motivo para olvidarlo. La hija de un pastor no difiere de cualquier otra señorita que procura recordar que es una dama.

John (*dejando caer los brazos*): ¿Es tan importante eso de ser una dama?

Alma (*yendo a la derecha, insistente*): No se trata de muchachas como las que usted está habituado a traer al Casino. Pero supongamos que algún día... que algún día... *se case* (John *va a la izquierda, se sienta en la silla.*) ¡Supongamos que se trate de la mujer a quien usted ha elegido para ser su esposa, y no sólo

su esposa sino también... la madre de sus hijos! (*Contiene el aliento ante esa idea.*) ¿No querría usted que esa mujer fuera una dama? ¿No querría que usted, como marido, y ellos, como sus amados hijos... pudieran mirarla con profundo respeto? (*John hace un gesto de impaciencia.*)

John: Entré un hombre y una mujer, hay otras cosas además del respeto. ¿Lo sabe usted, señorita Alma?

Alma: Sí...

John (*se levanta y se va a la izquierda*): Existe algo que se llama relaciones íntimas.

Alma: Gracias por habérmelo dicho así. Con toda claridad.

John (*se le acerca*): Eso podrá sonarle de un modo desagradable. Pero tiene mucho que ver con... (*le hace una burlona reverencia*)... la felicidad conyugal, como lo llamaría usted. ¡Hay mujeres que se entregan simplemente a un hombre como una suerte del deber que les impone la... crueldad de la naturaleza! (*Se aparta de ella.*) Y ya ve usted su situación.

Alma: ¿Mi situación?

John (*mirándola*): Hablo en términos generales.

Alma: ¡Ah! (*Del Casino llegan roncós gritos.*)

John (*yendo a mirar por la izquierda*): ¡Empezó la riña de gallos!

Alma (*acercándose*): Ya que ha hablado con tanta claridad, también yo hablaré claramente. (*John se vuelve para enfrentarla.*) ¡Hay mujeres que convierten una cosa que podría ser bella en algo tan bajo como el apareamiento de las bestias! Pero lo que aportamos nosotras ahí es el amor.

John (*se le acerca*): En eso, tiene razón.

Alma: Hay gente que sólo aporta sus cuerpos. Pero hay gente, hay algunas mujeres, John... que pueden aportar también su corazón... ¡qué aportan su alma!

John (*burlón*): De nuevo las almas... ¿eh? ¡Esas catedrales góticas con que usted sueña! (*Vuelve a llegar del Casino una gritería ronca y prolongada.*) Usted se llama Alma. Algún día me gustaría mostrarle un cuadro de la anatomía humana que tengo en el consultorio. Nos muestra cómo son nuestras vísceras y quizás usted pueda indicarme dónde está ubicada allí esa hermosa alma. (*Del Casino llega música. Las voces se extinguen.*) Vamos a ver la riña de gallos. (*Se dispone a salir por la izquierda.*)

Alma (*alejándose de él*): ¡No! (*Pausa.*)

John (*yendo al otro lado del banco*): Sé de otra cosa que podríamos hacer. En los altos del Casino hay habitaciones...

Alma (*se torna rígida*): Yo había oído decir que usted les hacía esas proposiciones a las muchachas con quienes salía, pero me negaba a creer que eso fuera cierto. ¿Por qué supone que yo podría avenirme a semejante insinuación?

John: Le tomé el pulso en el consultorio la noche en que salió de su casa porque no podía conciliar el sueño.

Alma (*acercándose*): Esa noche yo estaba enferma y fui a ver a su padre, en busca de ayuda.

John: Era a mí a quien buscaba.

Alma: Era a su padre y usted no lo quiso llamar.

John: Sus dedos se helaron cuando yo...

Alma: ¡Oh! Quiero irme a casa. Pero no con usted. ¡Me iré en un taxi! (*Se vuelve histéricamente y va a la derecha.*) ¡Chico! ¡Chico! ¡Un taxi!

John: Yo se lo llamaré, señorita Alma. (*Va a la izquierda y llama:*) ¡Taxi!

Alma (*frenética*): ¡Usted no es un caballero!

John (*Se va por la izquierda, gritando*): ¡Taxi!

Alma (*siguiéndolo hasta el centro del escenario y mirándolo alejarse*): ¡Usted no es un caballero!

(*La música crece en volumen y se extingue al bajar el*

TELÓN

Parte segunda

ESCENA I

Se oye música; se alza el telón y la música cesa.

Es de noche. Luces atenuadas sobre el panorama, efecto de estrellas. El interior de la rectoría está iluminado.

Alma y Roger Doremus están sentados en el canapé. Sobre la mesa, al centro, hay una garrafa de cristal tallado que contiene limonada con cerezas y rodajas de naranja, como un pequeño acuario de peces tropicales. Roger está entreteniendo a Alma con una colección de fotografías y postales, recuerdos del viaje de su madre al Oriente. Se muestra entusiasta y se las describe con frases que su madre debe haber asimilado con un asiduo estudio de la Guía de Turismo de Cook. Alma se muestra menos entusiasta.

Alma (lo toma y lo mira): ¿Y quién es esta señorita gorda?

Roger: Mamá en traje de caza.

Alma: El traje de caza le da mayor corpulencia a su figura. ¿Qué cazaba su mamá?

Roger: *(alegremente)*: ¡Vaya uno a saber! Pero cazó a papá.

Alma: ¡Ah! ¿Conoció a su padre en esta gira por Oriente?

Roger: Sí... Papá regresaba de la India con disenteria y se conocieron en el barco.

Alma *(con aversión)*: Ah... *(Le devuelve el retrato a Roger, va hacia la mesa y se sirve limonada.)*

Roger *(tendiéndole otra fotografía)*: ¡Y aquí está mamá, en lo alto de un templo en ruinas!

Alma: ¿Cómo subió ahí?

Roger: Supongo que habrá trepado.

Alma *(se le acerca y le tiende un vaso)*: ¡Qué mujer activa!

Roger *(tomando el vaso)*: ¡Oh, sí, decir activa es poco aún! *(Le da a Alma otra fotografía.)* Aquí la tiene, a lomo de elefante en Birmania.

Alma *(levanta la fotografía, sin verla en realidad)*: ¡Ah!

Roger *(bebe y mira a Alma)*: ¡Está mirando la fotografía al revés, señorita Alma!

Alma *(devolviéndole el retrato, con leve sonrisa)*: Deliberadamente... para burlarme de usted. *(Suena el timbre de la puerta de calle por la derecha.)* Quizá sea su madre que viene a llevárselo a casa.

Roger *(sacando el reloj)*: Son las diez y cuarto. Nunca me voy antes de las diez y media. *(Reintegra el reloj al bolsillo, bebe otro sorbo de limonada. Entra precipitadamente la señora Bassett.)*

Alma *(yendo a su encuentro)*: ¡Pero, señora Bassett! *(Roger se pone de pie.)*

Sra. Bassett *(en primer término derecha)*: ¡Me estaba preguntando a quién podía dirigirme cuando vi la luz de la rectoría y pensé: ¡Grace Bassett, lo mejor que puedes hacer es entrar ahí y hablar con el señor Winemiller!

Alma: Papá se ha acostado.

Sra. Bassett: ¡Oh, qué lástima! *(Se acerca a Roger.)* ¡Hola, Roger! Vi la caída que sufrió su madre esta mañana... Salía muy saltarina del Banco de los Hacendados del Delta y pensé: ¿Verdad que es notable que una mujer de su edad y de su peso sea tan ágil? Y, en ese preciso momento... ¡se cayó! ¡Juraría que se rompió la cadera! ¿Se lastimó mucho?

Roger: Sólo fue una conmoción, señora Bassett.

Sra. Bassett: ¡Oh, qué suerte! *(Va hacia el otro extremo de la mesa.)* Alma... Alma... ¡Si no es demasiado tarde para una intervención humana, su padre es el único que puede telefonarle a su clínica de Lyon al doctor Buchanan y avisarle!

Alma *(acercándosele)*: ¿Qué pasa?

Sra. Bassett: Usted debe estar sorda como una tapia si no ha oído lo que sucede en la casa contigua desde que el viejo doctor Buchanan se fue a Lyon a combatir la epidemia. ¡Una orgía continua! Pues bien... Hace cinco minutos, apenas, un amigo mío que trabaja en los tribunales del distrito me llamó por teléfono para informarme de que Johnny Buchanan y Rosa González han pedido una licencia matrimonial... *(Alma se desploma en una silla)* ¡y se casarán mañana!

Alma: ¿Está... segura?

Sra. Bassett: ¿Segura? ¡Siempre estoy segura antes de hablar!

Alma: ¿Por qué haría él... semejante cosa?

Sra. Bassett: ¡La locura de agosto! Dicen que eso tiene algo que ver con las estrellas fugaces. Desde luego, quizá tenga que ver también con el hecho de que Johnny perdió en el Casino dos o tres mil dólares que no puede pagar, salvo entregándose a la hija de

González. *(Se acerca a Alma, que juega nerviosamente con el rompecabezas.)* ¿Qué hace con ese rompecabezas, Alma?

Alma *(con risita histérica)*: ¡Las piezas no concuerdan!

Sra. Bassett *(a Roger)*: Debí callarme.

Alma *(frenéticamente, golpeando el rompecabezas)*: ¿Quieren hacer el favor de irse los dos? *(Roger sale de prisa, con el vaso aún en la mano.)*

Sra. Bassett: Ya sabía yo que esto la contrariaría. Buenas noches, Alma. *(Sale por la derecha. Se oye canto flamenco en la casa del médico, con zapateo y palmoreo. Se ilumina el consultorio.)*

(John entra en el consultorio por la izquierda, con una botella de champaña en una mano y una copa en la otra. Avanza tambaleándose hacia el canapé y se sienta a horcajadas sobre él, dejando que la botella se escurra al suelo.)

Alma *(se levanta bruscamente de un salto, va hacia el otro extremo de la mesa, toma el teléfono)*: Larga distancia... Por favor, comuníqueme con la clínica para la epidemia de Lyon... ¡Quiero hablar con el doctor Buchanan!

(Las luces de la rectoría se apagan totalmente. La música crece en volumen. Alma sale por la derecha en la oscuridad, llevándose la bandeja.)

Rosa (*llamando detrás de la escena, a la izquierda*):
¡Johnny!

(*Entra. Las luces del consultorio se intensifican.*)

Rosa *luce un vestido flamenco y ha estado bailando. Se va a parar delante de John. Pone su vaso sobre el canapé. Le toca la cara con el dedo.* ¡Tienes sangre en la cara!

John (*tendiendo la mano, la atrae sobre sus rodillas*):
Me has mordido una oreja.

Rosa: ¡C...! (*Exagerada preocupación.*)

John: Nunca has hecho el amor sin arañar o morder o algo así. Siempre que me separo de ti, estoy sangrando. ¿Por qué sucede eso?

Rosa: Porque sé que no puedo retenerte.

John: Creo que sacas bastante partido de ello. Mejor que nadie. (*La besa, luego la incorpora.*) Mañana nos iremos juntos, y papá o algún otro podrán decir a la vieja señora Arbuckle que debe darse por satisfecha con sus ochenta y cinco años y que puede morirse ahora en alas del cáncer. ¡Baila, Rosa! (*Ella ejecuta ante él una lenta danza sin alegría.*) Mañana nos iremos juntos. Zarparemos de Galveston... ¿no es así? (*Toma la botella, vierte licor y bebe.*)

Rosa (*mientras baila*): Lo dices, pero yo no lo creo.

John: Tengo los pasajes.

Rosa (*bailando, aún*): Dos pedacitos de papel que puedes rasgar.

John: ¡Nos iremos y viviremos de los suculentos giros de tu padre! ¡Ja, ja!

Rosa: ¡Ja, ja, ja!

John: Hace poco, la idea me habría disgustado, pero no ahora. ¡Rosa! (*Atrapa a Rosa por la muñeca, interrumpiendo su danza.*) ¡Rosa González! ¿Ha resbalado alguien barranca abajo con tanta rapidez como yo en este verano? ¡Ja, ja! Como un cerdo cebado. (*La suelta. Ella se reclina contra el lado derecho del escritorio, observándolo.*) Y, sin embargo, todas las noches me pongo un traje blanco limpio. Tengo una docena. Seis en el ropero y seis en el lavadero, y no hay una sola señal de depravación en mi rostro. ¡Y, sin embargo, todo el verano me he quedado sentado aquí, así, recordando la noche anterior, pregustando la siguiente! ¡Lo que pasa conmigo, es que debieron castrarme! (*Se levanta bruscamente, con la botella y el vaso, va tambaleándose hasta el escritorio y los deja allí.*) Rosa se ha desplomado sobre el canapé llorando. ¡Baila, Rosa! ¿Por qué no bailas? (*Va hacia ella, la levanta, manteniendo las manos de la joven en alto.*) ¿Qué pasa, Rosa? ¿Por qué no bailas?

Rosa (*se libera de él y va al centro*): ¡No puedo seguir bailando!

González (*con bramido triunfal, fuera, a izquierda*):
¡El cielo es el máximo!

John (*despejándose, se desploma sobre el canapé*):
¿Por qué me quiere tu padre como yerno?

Rosa: ¡Soy yo quien te quiere... yo... yo te quiero!

John: ¿Por qué?

Rosa (*a la derecha del escritorio*): ¡Quizá porque... he nacido en Piedras Negras y me crié en una casa de una sola habitación con piso de tierra, y todos teníamos que dormir en esa habitación única, cinco mexicanos y tres gansos y un gallito de pelea llamado Pepe! ¡Ja, ja! (*Ríe, histéricamente.*) ¡Pepe era un buen peleador! ¡Así fue como papá empezó a juntar dinero, ganando apuestas con Pepe! ¡Ja, ja! Todos dormíamos en aquella habitación única. Y de noche, yo los oía hacerse el amor. ¡Papá gruñía como un cerdo para probar su pasión! ¡Yo pensaba qué sucio era aquello de hacer el amor, y qué sucio era ser mexicano y tener que dormir todos en una misma habitación con piso de tierra y no oler bien porque no había bañadera!

John: ¿Qué tiene que ver eso con...?

Rosa (*se arrodilla ante él*): ¿Con lo que yo te quiero? (*Lo abraza, convulsivamente.*) ¡Ah! Pero... ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Esta noche puede suceder algo y yo terminaré con algún moreno amiguito de papá!

González (*por la izquierda, imperiosamente*): ¡Rosa!
(*Entra, tambaleándose.*) ¡Rosa!

Rosa (*se levanta y se le acerca*): Sí, sí, papá. Aquí estoy.

González (*va hacia ella, con pasos vacilantes y juega con la sarta de abalorios de oro que luce su hija*): Los abalorios de oro... (*Repentinamente, su mirada se posa en John y lo atrapa en un abrazo de ebrio.*) Escucha... Cuando mi hija Rosa era pequeña, vio unos abalorios de oro y los deseó tanto, que lloró toda la noche por ellos. (*Se acerca a Rosa y la rodea con el brazo.*) Yo no tenía dinero para comprárselos, de modo que al día siguiente fui a caballo a Eagle Pass y entré en un almacén de ramos generales y le dije al dueño: "Por favor, deme unos abalorios de oro". Él me respondió: "Muéstreme el dinero". Y yo, le dije: "¡Aquí está el dinero!" Y me llevé la mano al cinturón y saqué... ¡no el dinero... sino esto! (*Inclinándose sobre John, saca el revólver de debajo de su chaqueta.*) ¡Ahora, tengo el dinero pero aún conservo esto! (*Ríe.*) Rosa tiene los abalorios de oro. Le consigo todo lo que quiere con esto... (*Saca un rollo de billetes del bolsillo derecho de la chaqueta.*)... ¡o con esto! (*Agita el revólver bajo la nariz de John.*)

John (*se levanta, aparta a González, se va a la derecha*): ¡Aparte su hediondo aliento de mí, González!

Rosa (*aferrando a su padre*): ¡Déjalo, déjalo, papá!

González (*a quien Rosa ayuda a ir hasta el canapé*):
Le doy la tierra, y la tierra no basta... ¡Le doy el cielo!
(*Se desploma sobre el canapé.*) ¡El cielo es el máximo!
(*Se tiende sobre el canapé, olvidando aparentemente todo lo que lo rodea.*)

Rosa (*a John*): Deja que se quede ahí. Ven a la fiesta.

(*Sale por la izquierda. Cesa el cante flamenco y se oye otra música distinta. John se vuelve hacia la ventana que mira a la rectoría. La luz de la rectoría se acrecienta cuando entra Alma, en bata. Va a la ventana que da hacia la casa del médico. Se quedan el uno frente al otro, desde los interiores opuestos, al intensificar la música. Lentamente, como atraído por la melodía, John sale del consultorio. La música crece en volumen. Las luces del consultorio se apagan. John entra por detrás de la pared de la rectoría. Alma se queda inmóvil en la ventana hasta que él entra. La música se atenúa.*)

John (*cuando ella se vuelve lentamente para enfren-
tarlo*): Creí que la puerta abierta era una invitación.
(*Va a la izquierda.*) Esta noche sopla el viento del
Golfo de México... y refresca un poco. Pero mi cabeza
arde. (*Ella calla. Pausa.*) ¿El silencio? (*Alma se
vuelve, se deja caer sobre el canapé.*) Sí, el enorme si-
lencio. (*Se ilumina parcialmente el consultorio. John
se acerca más a Alma.*) Me iré dentro de un momen-
to, pero antes quiero que ponga sobre mi rostro... (*Se
acurruca a sus pies y le aferra las manos.*) ¡La eterni-
dad y la señorita Alma tienen las manos tan frías!

(*Oculto el rostro en el regazo de Alma. Su actitud re-
cuerda a una Pietá de piedra. Las luces de la rectoría
se apagan y las del consultorio se encienden parcial-
mente. La música cesa y vuelve a oírse el cante fla-
menco.*)

(*El viejo doctor Buchanan llega por la izquierda
y entra, en el consultorio, con el bastón y el sombre-
ro en la mano. Deja el sombrero sobre el escritorio.
Casi al mismo tiempo, Rosa entra por la izquierda y
ambos se enfrentan.*)

Rosa: ¡Johnny! (*Va hacia el doctor Buchanan. Él la
mira.*) ¡Oh! ¡Creí que era Johnny! Pero usted es su
padre... Yo... yo... ¡soy Rosa González!

Dr. Buchanan: ¡Sé quién es usted! ¿Qué sucede en mi
casa?

Rosa (*acercándosele*): John da una fiesta porque nos
vamos mañana. (*Desafiante.*) ¡Sí! ¡Juntos! ¡Confío
en que a usted le guste esa idea, pero si no le gusta,
tanto da, porque nos gusta a nosotros y a mi padre!

González (*estúpidamente, sentándose sobre el cana-
pé*): ¡El cielo es el máximo!

Dr. Buchanan (*volviéndose hacia González, lo aferra
de la chaqueta*): ¡Fuera... de mi casa... cerdos! (*Lo
golpea con el bastón.*)

González (*con un bramido de dolor*): ¡Ayyyy! (*Se*

aparta tambaleándose del canapé y va al centro del escenario, revólver en mano.)

Rosa (*sin aliento, apoyándose contra el cuadro de anatomía*): ¡No! ¡No, papá!

Dr. Buchanan (*avanzando hacia González enarbolando el bastón*): ¡Fuera de mi casa, cerdos, he dicho! ¡Fuera! (*Volviendo a golpearlo, empuja a González por la izquierda y lo hace salir por la puerta abierta.*)

Rosa (*frenética y desesperadamente*): ¡No, no, no, no, no, no! (*Se cubre el rostro. Se oye una detonación, entre bastidores, a la izquierda. Cesa bruscamente el cante flamenco. Simultáneamente vuelve a oírse una nueva música sinistra. Todo queda en la oscuridad, salvo una mancha de luz que ilumina a Rosa González, parada delante del cuadro de anatomía con los ojos cerrados y el semblante crispado como una máscara trágica. Luego, se hace la oscuridad total. Lentamente, se proyecta luz sobre el ángel de piedra. Luego, se ilumina en forma parcial el consultorio. La música sinistra se extingue.*)

ESCENA II

El interior del consultorio.

Arriba, se ve vagamente el ángel de piedra.

John entra por la izquierda, ojeroso y desgreñado. Va lentamente hacia el escritorio, se reclina allí durante unos instantes, luego se acerca al canapé y se desploma sobre él. Por la puerta interior, llega el rumor de una plegaria.

Rev. Winemiller (*detrás del escenario, a la izquierda*): Oh, Dios, para quien todos los corazones están abiertos y a quien no se le oculta secreto alguno, ayúdame a este siervo Tuyo, en esta hora de necesidad. Y si es Tu voluntad, oh Señor, acógelo en Tu seno, concediéndole la paz de la vida eterna.

(Durante la plegaria, Alma ha entrado trayendo una bandeja con café, y la ha dejado sobre el escritorio.)

John: ¿Qué hechizo es el que está farfullando su padre ahí?

Alma (*vertiendo café*): Una plegaria.

John: Dígale que se calle. No necesitamos esa magia trasnochada.

Alma: Quizás usted no la necesite, pero no se trata de

lo que usted necesita o no. Le he preparado un poco de café.

(Se le acerca con una taza decafé.)

John: No lo quiero.

Alma *(repone la taza sobre la bandeja. Tomando la toalla que está sobre la bandeja, va hacia él)*: Échese atrás y déjeme que le refresque la cara, John. *(Le oprime la toalla contra la cara.)* Su rostro es tan bello, tan bello y tan sensible... Posee una fuerza que no debiera derrocharse.

John: No se preocupe por eso. *(La repele con rudeza.)*

Alma *(acercándose al escritorio, vuelve a poner la toalla sobre la bandeja)*: Es necesario que entre a verlo.

John: No puedo. Él no me quería.

Alma.: Eso ocurrió a causa de su devoción por usted.

John: Ocurrió porque alguna entrometida lo llamó aquí anoche. ¿Quién lo hizo?

Alma: Yo.

John *(levantándose)*: ¡De modo que fue usted!

Alma: Le telefoné a la clínica de Lyon apenas supe qué se proponía usted. Le dije que viniera a impedirlo.

John: Lo traje aquí para que lo mataran.

Alma: Culpe solamente a su debilidad.

John: ¿Usted me llama débil?

Alma. A veces, se necesita una tragedia como ésta para darle fuerzas a un débil.

John: ¡Usted... solterona sin sangre en las venas! ¡Ustedes, los austeros, los que murmuran piadosos hechizos, los predicadores y las hijas de los predicadores, embozados en una magia trasnochada! ¡Y yo tenía que curarla de su neurosis, dándole comprimidos para dormir y tónicos para restaurar sus fuerzas y seguir murmurando sus trasnochadas magias!

Alma: Llámeme como quiera, pero no permita que su padre oiga sus gritos de borracho. *(Intenta alejarse de él por la izquierda.)*

John *(asiéndola)*: ¡Quédese aquí! Quiero que vea algo. *(La arrastra a la derecha, aferrándola de los hombros, hasta enfrentarla con el cuadro anatómico.)* ¡Este cuadro anatómico! ¡Mírelo!

Alma: Ya lo he visto en otras ocasiones.

John: Nunca se ha atrevido a mirarlo.

Alma: ¿Por qué no habría de atreverme?

John: Le tiene miedo.

Alma (*forcejeando*): John, usted debe de haber perdido el juicio.

John (*sujetándola firmemente*): Usted habla de debilidad, pero ni siquiera es capaz de mirar la imagen de las vísceras humanas.

Alma: Eso no tiene importancia.

John: Se equivoca. ¿Usted cree estar rellena de pétalos de rosa? Vuélvase y mírelo. ¡Quizá le haga bien! (*La hace girar sobre sí misma.*)

Alma: ¿Cómo puede portarse así cuando su padre se muere y usted... (*Forcejea.*)

John: ¡Quédese quieta!

Alma (*concluyendo*):...es tan culpable de eso”

John: ¡No más que usted!

Alma: ¡Al menos, por ahora...

John: ¡Cuidado!

Alma (*concluyendo*):...podría sentir un poco de vergüenza!

John (*con demencial intensidad, sujetándola*): ¡Aho-

ra, escuche la clase de anatomía! (*Sujetándola con la izquierda, usa la derecha para señalar los lugares del cuadro que menciona.*) ¡Esta parte superior es el cerebro, ávido de algo que se llama la verdad y que no recibe mucho y se sigue sintiendo ávido! Esta parte media es el vientre, ávido de alimentos. Esta parte inferior es el sexo, ávido de amor porque suele sentirse solitario. (*Suelta el brazo de Alma.*) Yo he alimentado a las tres partes, todo lo que pude o todo lo que quise... Usted no ha alimentado a ninguna... ¡ninguna! Bueno... Quizás haya nutrido un poco a su vientre... con agua... Pero en cuanto a amor o verdad, nada... ¡nada más que ideas baratas, de confección, actitudes, amaneramientos! Ahora, puede irse. (*Se aleja de ella.*) La clase de anatomía ha terminado. (*Se sienta en el sillón del escritorio.*)

Alma: De modo que ésa es su elevada concepción de los deseos humanos... (*Señala el cuadro anatómico.*) Lo que tiene usted aquí no es la anatomía de una bestia, sino la de un hombre. ¡Y rechazo su opinión sobre dónde está el amor, y el género de verdad que según usted busca el cerebro! (*Se le acerca.*) Hay algo que no aparece en el cuadro.

John: ¿Se refiere al alma?

Alma: ¡Sí, eso no se ve en el cuadro anatómico, ¡y sin embargo, está ahí, sí, está ahí! En algún sitio que no se ve, pero está. Y es con eso con lo que yo lo amo... ¡con eso! ¡No con lo que usted menciona! (*Se levanta y se acerca al canapé.*) ¡Sí, yo lo amaba con eso,

John, y poco me faltó para morirme cuando usted me hirió!

John (*volviéndole la espalda*): Yo no le habría hecho el amor.

Alma (*con aire incomprensivo, yendo al centro del escenario*): ¿Qué dice...?

John (*se vuelve hacia ella*): La noche del Casino... yo no le habría hecho el amor. Aun si usted hubiese consentido en subir a la habitación del primer piso. No habría podido hacerle el amor. (*Ella lo mira fijamente, como si previera una herida insoportable.*) ¡Sí, sí! ¿Verdad que tiene gracia? Temo más a su alma que usted a mi cuerpo. Usted habría estado tan a salvo como el ángel de la fuente... porque yo no me habría sentido lo bastante decente... para tocarla. (*Se deja caer sobre el canapé.*)

Rev. Winemiller (*entrando por la izquierda*): Ahora está más aliviado. (*John tiende la mano hacia el café.*)

Alma (*interceptándole el camino, toma la bandeja*): Está frío.

John: No importa.

Alma: Lo calentaré.

Rev. Winemiller: Alma, el doctor Buchanan te necesita.

Alma: Yo...

Rev. Winemiller: Preguntó si querías cantar para él.

Alma: Yo... no podría hacerlo... ahora.

John: ¡Vaya y cántele, señorita Alma! (*Alma lo contempla durante unos instantes, luego le vuelve la espalda y sale por la izquierda, seguida por el reverendo. A los pocos minutos, su voz se eleva suavemente detrás del escenario, cantando "La Golondrina". Se apagan las luces del interior y las que se proyectan sobre el ángel de piedra. John se levanta, va a la izquierda y se aferra al escritorio para sostenerse. Da un paso hacia el primer término, se detiene. Las luces se atenúan. John permanece así unos instantes, cobrando valor y luego va hacia la izquierda, con vacilantes pasos. Con suavidad y honda ternura.*) ¡Papá!

(*Las luces se apagan totalmente cuando hace mutis. El canto se esfuma bajo la música que se oye ahora. Aparece un resplandor luminoso que se proyecta sobre el ángel. Luego, lentamente, la iluminación exterior del panorama desaparece.*)

ESCENA III

El panorama es de un azul claro. Últimas horas de una tarde de otoño. Se ilumina el interior de la rectoría.

Alma entra en la rectoría en peinador y con el cabello suelto. Parece haber padecido una larga enfermedad, que la ha agotado, indiferente el pálido rostro. Va a mirar por la ventana. Se sienta desfallecida en el sofá y cierra los ojos.

El Reverendo Winemiller y su esposa entran por la puerta exterior de la rectoría. Forman una pareja grotesca. La señora Winemiller luce su sombrero con la pluma, encasquetado a manera de quien va de parranda, y con un llamativo chal ceñido a la garganta y una traviesa sonrisa que la asemeja a un pirata de comedia musical. Con una de sus manos aferra el brazo del sacerdote y con la otra sostiene un helado de cucurucho.

Rev. Winemiller (cuando llegan al centro del escenario): ¡Ahora puedes soltarme el brazo, si te parece! (Se libera con rudeza de su mujer. La señora Winemiller ríe y se sienta a la derecha de la mesa, lamiendo su cucurucho. El reverendo va a la izquierda del foro y se quita el sombrero.) Se portó peor que nunca. Se detuvo frente a la confitería "La Estrella Blanca" de la calle Front y se atascó ahí como una mula y no quiso moverse hasta que le compré un helado de cucurucho. Lo hice envolver en un papel de seda porque ella me había prometido que no lo comería hasta que llegáramos a casa. ¡Apenas se lo di,

rasgó el papel y volvió a casa a pie, lamiéndolo por el camino... *(Se acerca a la señora Winemiller, airado, y concluye)*...nada más que para humillarme!

Sra. Winemiller (ríe alegremente y le ofrece su cucurucho): ¿Quieres lamerlo?

Rev. Winemiller (enojado): ¡No, gracias! *(Deja su sombrero sobre la banqueta del piano.)*

Alma: Vamos, vamos, niños.

Rev. Winemiller (transfiriendo su irritación a Alma, avanza hacia ella): ¡Alma! ¿Por qué no te vistes? Me duele verte sentada así, día tras día, como una inválida, cuando no te pasa nada particularmente grave. No puedo adivinar qué piensas. Quizás hayas sufrido alguna desilusión, pero eso no debe servirte de excusa para obrar como si se hubiese acabado el mundo.

Alma: He hecho las camas y lavado los platos del desayuno y telefoneado al mercado y enviado la ropa al lavadero y pelado las patatas y quitado las vainas a los guisantes y puesto la mesa para el almuerzo. ¿Qué más quieres? *(Se levanta y va a mirar por la ventana.)*

Rev. Winemiller (con aspereza): Quiero que te vistas o que te quedes en tu cuarto. *(Repentinamente.)* De noche te vistes. ¿Verdad? Sí, te he oído escabullirte de casa a las dos de la mañana. Y ésa no fue la primera vez.

Alma: No duermo bien. A veces, tengo que levantarme y salir a dar un paseíto para poder conciliar el sueño.

Rev. Winemiller: ¿Qué le diré a la gente que pregunta por ti?

Alma (*se le acerca*): Dile que he cambiado y que esperas para ver en qué forma.

Rev. Winemiller: ¿Piensas seguir así indefinidamente?

Alma: Indefinidamente, no, pero ojalá fuera así. (*Se vuelve, retorciendo su anillo.*)

Rev. Winemiller: ¡Deja en paz ese anillo! Siempre que te miro, te veo jugando con él. ¡Dámelo! ¡Te lo sacaré del dedo! (*Le aferra la muñeca, forcejean, ella se libera violentamente de él y va hacia el centro del escenario. Por la derecha, llega débilmente la música de una banda.*)

Sra. Winemiller (*alegremente*): ¡Luchad! ¡Luchad!

Rev. Winemiller: ¡Oh, renuncio! (*Se deja caer sobre el canapé.*)

Alma: Más vale así. (*Oye la música y mira hacia la izquierda*): ¿Hay algún desfile en el pueblo?

Sra. Winemiller: ¡Ja, ja! ¡Sí! ¡Lo recibieron en la estación con una gran copa de plata!

Alma: ¿A quién? ¿A quién han...?

Sra. Winemiller: ¡A ese joven de la puerta contigua, al que acechabas sin cesar!

Alma: ¿Es cierto eso, padre?

Rev. Winemiller (*desplegando el periódico*): ¿No has mirado los periódicos?

Alma: No. Últimamente, no.

Rev. Winemiller (*limpiándose los anteojos*): Esa gente es como la langosta, que lo mismo puede saltar a un lado que otro. Johnny Buchanan concluyó la obra iniciada por su padre... eliminó la epidemia... y toda la gloria fue para él. (*Se levanta, va hacia la ventana y mira.*) Bueno, así es este mundo. ¡Se olvidan años enteros de devoción y de sacrificio y un joven con suerte se lleva los honores! (*La música de la banda crece en volumen.*)

Alma (*repentinamente, exclama*): ¡Ahí está! (*Retrocede tambaleándose y cae como una masa inerte sobre la banqueta del piano. El reverendo Winemiller se le acerca, y la señora Winemiller se levanta y avanza hacia ellos. Débilmente.*) ¿Qué... pasó? ¡Alguien... me golpeó!

Rev. Winemiller: Alma... Llamaré a un médico.

Alma: No, no, no hagas eso. No llares a nadie que

me ayude. ¡Quiero morirme! *(Se ilumina el consultorio y John entra con la copa del premio. Está elegantemente vestido y todo su porte revela una flamante responsabilidad. En la rectoría, el reverendo se acerca a Alma, la ayuda a levantarse y se la lleva por la derecha, seguido por su esposa. Cuando están saliendo, las luces de la rectoría se apagan. John busca un sitio donde poner la copa: finalmente, va hacia la mesa y la deja allí. Luego, se arrodilla para examinar los libros del estante inferior de la mesa, de espaldas a la puerta. En la puerta del foro, detrás de él, aparece Nellie Ewell. Permanece inmóvil durante unos instantes, y luego hace girar la puerta hacia la pared y ríe. Ha crecido de golpe y usa ropa muy adulta, pero sin perder en lo más mínimo su descaro y vivacidad infantiles. John lanza un silbido de sobresalto al volverse y verla.)*

John: Tacos altos, plumas... ¡y colorete!

Nellie: ¡Colorete, no!

John: ¿Color natural?

Nellie: La excitación.

John: ¿Por qué?

Nellie: ¡Por todo! ¡Usted!, ¡usted está aquí! *(John va hacia el escritorio.)* ¿No me vio en la estación? ¡Grité y agité el brazo! He venido a pasar el Día de Acción de Gracias en casa.

John: ¿De dónde viene?

Nellie: Del colegio de Sophie Newcomb. *(Lo enfrenta del otro lado del escritorio y muestra un libro que lleva debajo del brazo.)* ¡He aquí el repulsivo libro que usted me dio el verano pasado, cuando yo fingía tanta ignorancia de las cosas! *(Tira el libro sobre el escritorio.)*

John *(avanzando un paso)*: ¿Sólo la fingía?

Nellie: Sí. *(Con una risita.)* ¿Y bien? ¿Me voy, ahora, o quiere mirarme la lengua *(Se inclina sobre el escritorio, sacando la lengua.)*

John *(inclinándose sobre el escritorio)*: ¡Roja como una fresa!

Nellie: ¡Pastillas de menta! ¿Quiere una? *(Le tiende un paquetito.)*

John: Gracias. *(Nellie ríe mientras él se sirve.)* ¿De qué se ríe, Nellie?

Nellie: ¡Le endulzan a una tanto la boca!

John: ¿De veras?

Nellie: Siempre como una cuando espero que me besen.

John: ¿Y si yo le tomara la palabra?

Nellie: No me asusta. ¿Y a usted?

(John va al otro lado del escritorio, se inclina y la besa. Nellie apoya la mano sobre la cabeza de John, atrayéndolo hacia ella y devolviéndole el beso con fervor. Finalmente él se libera.)

John *(muy impresionado)*: ¿Dónde aprendió esas tretas?

Nellie: He estado en el colegio. Pero no me enseñaron a amar.

John: ¿Quién es usted para usar esa larga palabra?

Nellie: ¡Esa palabra no es larga!

John *(avanzando un paso)*: ¿No? *(Ella avanza ansiosamente hacia él, él la toma por los brazos y la lleva hacia la puerta.)* Váyase, Nellie, pronto, antes de que tengamos dificultades.

Nellie: ¿Quién teme las dificultades? ¿Usted o yo?

John: Yo. ¡Corra! ¿Me oye?

Nellie: Oh, ya me voy. ¡Pero volveré en Navidad! *(Ríe y sale corriendo. Se oye música. Después de cerrar la puerta detrás de ella, John se vuelve, saca el pañuelo, se seca la frente. Se apagan las luces en el consultorio.)*

ESCENA IV

Una tarde de diciembre. La fuente del parque. Las luces se encienden en la zona donde se representa, el centro del escenario y sobre el panorama; en el cielo aparecen nubes. Tiempo muy ventoso.

Alma entra en la zona de la fuente, por la derecha. Parece avanzar con esfuerzo contra el viento. Baja los peldaños y se sienta en el banco. La viuda Bassett, con un flotante velo negro, entra por la izquierda, ve a Alma, baja los peldaños y se dirige a la derecha.

Sra. Bassett: Hola, Alma.

Alma: Buenas tardes, señora Bassett.

Sra. Bassett: ¡Qué viento, qué viento!

Alma: Sí, poco faltó para que me derribara. Tuve que sentarme para tomar aliento durante unos instantes.

Sra. Bassett: Yo que usted, no me quedaría sentada demasiado tiempo.

Alma: No, demasiado tiempo no.

Sra. Bassett *(yendo al otro extremo del banco)*: Resulta grato verla de paseo, nuevamente, después de su enfermedad.

Alma: Gracias.

Sra. Bassett: Nuestro pobre grupito se disgregó cuando usted se fue.

Alma (*sin sinceridad*): ¡Qué lástima!

Sra. Bassett: Debíó venir a la última reunión.

Alma: ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Sra. Bassett: ¡Vernon leyó su comedia en verso!

Alma: ¿Y cómo la acogieron?

Sra. Bassett: La despedazaron maligna, rencorosa y vengativamente, como desgarran los niños las alas de las mariposas. Pero creo que en la primavera próxima podríamos reorganizarnos...

(*Nellie Ewell entra por la izquierda, muy elegante y con vistoso cesto de regalos de Navidad.*)

Nellie (*desde el remate de la escalinata*): ¡Hola, señorita Alma! (*Alma se vuelve para mirarla.*)

Sra. Bassett (*desarando a Nellie*): ¡Adiós, Alma! (*Sube los peldaños y se va por la derecha.*)

Nellie (*sube los peldaños y se acerca al banco*): ¡Aquí estamos!

Alma: Pero, Nellie... ¡Nellie Ewell!

Nellie: Yo pasaba por la rectoría. Sólo me asomé por un momento: las vacaciones son tan breves que cada minuto resulta precioso. Me dijeron que usted se había ido al parque.

Alma: Éste es el primer paseo que doy desde hace mucho tiempo.

Nellie: ¡Ha estado enferma!

Alma: No estuve enferma precisamente, pero no muy bien. ¡Cómo has crecido, Nellie!

Nellie (*encarándose con ella*): Sólo es mi ropa. Desde que fui al colegio de Sophie Newcomb, me elijo yo misma los vestidos, Alma. (*Deja el cesto sobre el banco.*) ¡Cuando mamá tenía jurisdicción sobre mi guardarropa, trataba de conservarme una apariencia infantil!

Alma: Tu voz ha madurado, también.

Nellie: Me están enseñando dicción, señorita Alma. Estoy aprendiendo a hablar como usted. (*Ríe, deja el cesto en el suelo, se sienta en el banco.*) Johnny se sintió tan divertido al verme!

Alma: ¿Johnny?

Nellie: ¡Su vecino!

Alma: ¡Oh! Estoy segura de que ese colegio debe de ser muy distinguido.

Nellie: Oh, sí. Nos preparan para el papel de señoritas de sociedad. ¡Es una lástima que aquí no haya sociedad donde desempeñar el papel de señorita... al menos para mí, con la reputación de mamá!

Alma: Encontrarás otros campos conquistables.

Nellie: ¿Qué significa lo que he oído decir de usted?

Alma: No tengo la menor idea de lo que insinúas, Nellie.

Nellie: Que ha abandonado la enseñanza del canto y se ha aislado del mundo.

Alma: Naturalmente, tuve que abandonar la enseñanza mientras estaba enferma, y en cuanto a mi aislamiento del mundo... podría decir más bien que el mundo se ha aislado de mí.

Nellie: Sé de alguien cuyos sentimientos ha herido usted profundamente.

Alma: ¡Cómo! ¿Quién podría ser esa persona, Nellie?

Nellie: ¡Alguien que la considera un ángel!

Alma: No sé quién podría estimarme tanto.

Nellie: Alguien que dice que usted se ha negado a verlo.

Alma: No veo a nadie. Desde hace varios meses. Este largo verano me agotó.

Nellie (*se levanta y se hinca de rodillas junto al cesto de los regalos*): Bueno. De todos modos, le daré su regalo.

Alma: Nellie, no debieras darme nada.

Nellie: ¡Me gustaría saber por qué no!

Alma: No me lo esperaba.

Nellie: ¿Después del trabajo que le di con mi horrible voz? (*Se levanta, se acerca, y le entrega un paquetito.*)

Alma (*tomándolo*): Eres muy gentil, Nellie.

Nellie: ¡Ábralo!

Alma: ¿Ahora?

Nellie: Claro.

Alma: Está envuelto y atado de una manera tan bonita que me duele desenvolverlo.

Nellie: Me gusta envolver regalos, y como era para usted, me esmeré especialmente.

Alma (*empieza a quitar su envoltura a la caja*): Voy a

guardar esta cinta. Guardaré también este lindo papel, con sus estrellas de plata. Y la ramita de acebo...

Nellie (*tomando la ramita*): Permítame que se la prenda sobre la chaqueta, Alma. (*Se la prenda sobre la solapa.*)

Alma: Sí, hazlo. Apenas si noté que llegaba la Navidad... (*Abre la caja, y se ven allí un pañuelo de encaje y una tarjeta.*) ¡Qué pañuelo exquisito!

Nellie: No me gusta regalarle pañuelos a la gente. Eso revela tan poca imaginación.

Alma: Me gusta recibirlos.

Nellie: ¡Éste proviene de Maison Blanche!

Alma: ¡Oh! ¿De veras?

Nellie: ¡Huélalo!

Alma: ¿Con perfumador? (*Huele el pañuelo: Nellie se inclina también sobre él, para olerlo, con una risita.*) ¡Rosas! ¡Me siento tan conmovida y contenta que no podría expresártelo!

Nellie (*repentinamente*): ¡La tarjeta! (*Empieza a hurgar entre las envolturas que están sobre el regalo de Alma.*)

Alma: ¿La tarjeta?

Nellie (*al verla en el suelo, delante del banco, se apodera de ella y se la tiende*): Se le cayó.

Alma: ¡Oh, qué torpe he sido! Gracias, Nellie. (*Leyendo.*) Regalos de Navidad... a Alma... de Nellie y... (*Alza los ojos, lentamente.*) ¿John?"

Nellie (*se sienta en el banco*): John me ayudó anoche a envolver los regalos y cuando llegamos al suyo, Alma, empezamos a hablar de usted. ¡Seguramente, le debieron arder las orejas!

Alma (*se levanta, con las envolturas y la tarjeta en las manos e insiste*): ¿Quieres decir... que hablaron bien de mí?

Nellie: ¿Bien? ¡Le hicimos unos elogios delirantes! ¡Oh! John me dijo la influencia que usted había ejercido sobre él!

Alma: ¿La influencia?

Nellie: Me habló de sus maravillosas conversaciones con usted en el verano pasado, cuando él estaba tan trastornado, y de cómo le dio usted inspiración y logró más que nadie devolverle el dominio de sí mismo, cuando su padre murió, y, me habló de... (*Alma va hacia la derecha de la fuente.*) ¿Adónde va, Alma? (*Se levanta, se le acerca y la enfrenta.*)

Alma: A beber en la fuente. (*Se inclina y bebe.*)

Nellie: ¡Me contó cómo vino usted esa noche a su casa como un ángel de misericordia!

Alma (*contemplando el ángel de piedra*): Éste es el único ángel de Glorious Hill. Su cuerpo es de piedra y su alma de agua mineral. (*Arrencia el viento.*)

Nellie (*encogiéndose*): ¡Qué penetrante es el viento!

Alma (*en el peldaño más bajo*): Vuelvo a casa, Nellie. Ahora, vete a llevar tus regalos... (*Empieza a subir los peldaños.*)

Nellie (*avanzando*): Pero espere a que le cuente lo más maravilloso.

Alma (*alejándose*): Me voy a casa. Adiós. (*Se va por la derecha.*)

Nellie (*va hacia el pie de la escalinata, vacila*): Adiós, Alma. (*Toma el cesto y se va por la izquierda. Las luces de la zona de representación se apagan. Se oye una música lejana y el viento se atenúa bajos sus compases.*)

ESCENA V

Una hora después. Se ilumina el interior del consultorio. El viento sopla aún, suavemente.

John *entra por la izquierda, con su delantal blanco de médico suspendido del cuello, trayendo una bandeja con un microscopio nuevo, tubos de ensayo sobre sus soportes, instrumentos profesionales. Va hacia el escritorio y deja allí la bandeja. Una campana empieza a dar las cinco. John mira, toma el reloj del escritorio, verifica la hora, repone el reloj, y empieza a examinar los tubos de ensayo. Cuando suena la última campanada, entra por la izquierda Alma. Luce un vestido verde y un sombrero con una pluma que hace juego. Ambos permanecen inmóviles durante un instante, mirándose.*

Alma (*frente al escritorio*): ¿No me saluda? ¿No me saluda en absoluto?

John: Hola, señorita Alma.

Alma: Esos recipientes de vidrios nuevos... ¡Ah! ¡Qué brillo glacial!

John (*adelantándose*): Equipo nuevo.

Alma: Todo nuevo, menos el cuadro anatómico.

John: La anatomía humana es siempre la misma.

Alma: ¡Y es tan fastidiosa! Me han asediado los dolores de garganta.

John: Como a todo el mundo, aquí. Todas estas casas del Sur no está bien caldeadas. No basta con las parrillas abiertas.

Alma: ¡Le quemán a uno el pecho, mientras se le hiela la espalda!

John: Luego, uno va a otra habitación y toma frío.

Alma: Sí... Sí... Se hiela hasta los huesos.

John: Pero el frío nunca basta para convencer a esos estúpidos de que hace falta una chimenea, de modo que siguen construyendo casas sin ella.

Alma: ¡Qué tarde extraña!

John: ¿De veras? No he salido a la calle.

Alma: El viento del Golfo de México está enviando aquí nubes grandes y blancas... ¿Cómo las llaman ustedes? Ah, sí... ¡Cúmulus! El viento parecía decidido a arrebatarme la pluma del sombrero, ¡como ese *fox-terrier* que teníamos, Jacob, que me arrancó la pluma de un sombrero y empezó a corretear con ella por el patio de los fondos como si fuera un trofeo!

John: Recuerdo a Jacob. ¿Qué fue de él?

Alma: ¡Ah! Jacob era un ladrón tan travieso... Tuvimos que mandarlo a casa de unos amigos del campo. Sí... Terminó sus días como... ¡hidalgo rural! El relato de sus hazañas...

John (*señalando la silla que está a la izquierda del escritorio*): Siéntese, señorita Alma.

Alma: Si no lo molesto...

John: No. (*Alma se sienta y deja el sombrero, los guantes y el bolso sobre el escritorio. El viento mengua. John se sienta sobre el canapé.*) Hablé por teléfono a la rectoría cuando me enteré de que estaba enferma. Su padre me dijo que usted quería que la visitara un médico.

Alma: Necesitaba un descanso, eso es todo... Usted estaba generalmente fuera del pueblo...

John: Me hallaba en Lyon, concluyendo la obra de papá en la clínica.

Alma: ¡Cubriéndose de repentina gloria!

John: Redimiéndome con buenas obras.

Alma: Es algo tarde para expresarle cuán feliz me siento y también cuán orgullosa. Casi me siento como se habría sentido su padre... sí... (*John se levanta y va hacia el escritorio.*) Y... ¿se siente feliz ahora, John?

John (*se sienta junto al escritorio*): He ajustado cuentas con la vida en términos muy aceptables. ¿No es eso todo lo que puede pedir una persona razonable?

Alma: Una persona razonable puede pedir mucho más. Puede pedir que se conviertan en realidad sus sueños más improbables.

John: Es mejor no pedir demasiado.

Alma: No estoy de acuerdo con usted. ¡Creo que uno debe pedirlo todo, pero estar preparado para no recibir nada! (*Se levanta, va hacia la ventana, mira por ella.*) No, no me sentía bien. Pensé muchas veces... (*Se vuelve hacia John*) en lo que me había dicho usted el verano pasado... que yo tenía un *doppelganger*. ¡Averigüé qué era eso y descubrí que significaba la presencia de otra persona dentro de mí, otro yo, y no sé si darle las gracias o no por habérmelo hecho comprender! (*Se vuelve hacia la ventana.*) No me sentía bien... Durante un tiempo creía que me moría, que era ése el cambio inminente.

John: ¿Cuándo sintió eso?

Alma: En agosto, septiembre. (*Va hacia una silla de la izquierda.*) Pero ahora que el viento del Golfo de México ha disipado ese sentimiento como una nube de humo y sé que no me estoy muriendo, que el asunto no será tan sencillo...

John (*se levanta, se le acerca, saca el reloj y le toma la muñeca*): ¿Ha vuelto a preocuparle su corazón?

Alma: Y ahora, el estetoscopio.

(*John la mira, va hacia el canapé y reintegra el reloj al bolsillo de su guardapolvo. Se sienta sobre canapé y se quita el estetoscopio del cuello. Ella se le acerca, John coloca el estetoscopio y comienza a auscultarle el corazón. Alma mira su cabeza inclinada. Lenta e involuntariamente, sus manos se levantan y descienden sobre la cabeza de John. Éste la mira y retira el estetoscopio. Alma se inclina hasta arrodillarse delante de él y oprime su boca contra la suya. John se muestra pasivo. Alma se levanta, lentamente.*)

Alma: ¿Por qué no dice nada? ¿Le ha comido la lengua el gato?

John: ¿Qué puedo decir, señorita Alma?

Alma: Usted vuelve a llamarme "señorita Alma".

John: En realidad nunca hemos franqueado ese límite.

Alma: Oh, sí. ¡Estábamos tan próximos que casi respirábamos juntos!

John (*con malestar*): No lo sabía.

Alma: ¿No? Pues yo, sí. (*Su mano toca con ternura el rostro de John*) Usted no tiene ya en la mandíbula

esos pequeños tajos causados por la navaja y que espolvoreaba con talco de gardenia...

John (*retirando con delicadeza la mano de Alma*):
Ahora me afeito más cuidadosamente.

Alma: ¿De modo que es ésa la explicación? (*Pausa.*)
¿Es eso... imposible, ahora?

John: Me parece que no la entiendo.

Alma: ¡Usted sabe perfectamente qué quiero decir! De modo que sea franco conmigo. En cierta ocasión, le dije: "¡No!" a algo. ¡Quizás usted recuerde esa ocasión y todos esos salvajes aullidos del reñidero de gallos! (*Apoya sus manos sobre el rostro de John*) Pero ahora he cambiado de idea, o la muchacha que dijo "¡No!" no existe ya, murió el verano pasado... asfixiada por el humo causado por un fuego interior. No, no está viva ya, pero me dejó su anillo... ¿Lo ve? (*Saca el anillo que ostenta sobre su mano derecha, mostrándoselo.*) Usted lo admiró, el anillo de topacio engastado con perlas... Y esa muchacha me dijo, al deslizar este anillo sobre mi dedo: "Recuerda que he muerto con las manos vacías... (*Vuelve a tomar entre sus manos el rostro de John*)... ¡y asegúrate así de que en tus manos haya algo" Yo dije: "Pero... ¿y tu orgullo?" Y ella me respondió: "¡Olvida tu orgullo cuando se interpone entre ti y lo que necesitas obtener!" (*Lo suelta, se aparta.*) Y entonces, dije: "Pero... ¿y si él no me necesita? No sé qué dijo ella, entonces... No estoy segura de si dijo algo o no... sus labios dejaron de mo-

verse... ¡Sí, creo que dejó de respirar! (*John le ha vuelto la espalda.*) ¿No? (*Él no contesta. Ella va al otro lado del escritorio.*) ¡De modo que la respuesta es "no"!

John (*se le acerca*): Respeto la verdad y la respeto a usted... De modo que más vale que yo hable honradamente si usted quiere que hable. Usted ha vencido en nuestra discusión.

Alma: ¿Qué... discusión?

John: La que sostuvimos sobre el cuadro anatómico.

Alma (*va al otro lado del escritorio, describiendo un círculo para enfrentar el cuadro anatómico del foro*):
¡Ah! ¡El cuadro anatómico!

John (*deja el estetoscopio sobre el escritorio*): El cuadro revela que no somos un montón de pétalos de rosa, que cada pulgada de nuestro interior está ocupada por algo feo y funcional y no parece quedar sitio para otra cosa.

Alma: No...

John (*empujando la silla debajo de la mesa*): Pero he acabado por aceptar su modo de pensar, de que ahí dentro hay algo, algo inmaterial —tenue como el humo— y que todas esas feas máquinas se combinan para producirlo y que es la única razón de ser todas ellas. Eso no puede verse, de modo que no es posible mostrarlo en el cuadro. Pero está ahí, de todos mo-

dos, y al saber que está ahí... todo eso... toda esta... insondable experiencia nuestra... cobra un valor nuevo, como un... ¡un trabajo desenfrenadamente romántico en un laboratorio! ¿No lo comprende?

Alma: ¡Sí que lo comprendo! ¡Ahora que usted ya no lo quiere, está dispuesto a creer que entre nosotros puede existir un vínculo espiritual!

John: ¿No puede creer en mi sinceridad?

Alma. Quizá sea usted sincero. (*Acercándosele.*) Pero no quiero que me hablen como a un enfermo incurable a quien hay que consolar. (*En su voz, aparece una nota áspera y fuerte.*) ¡Oh, supongo que estoy enferma, que soy uno de esos seres débiles y desarmónicos que se deslizan como sombras entre ustedes los sólidos y fuertes! Pero a veces, por necesidad, los que somos sombras cobramos una fortaleza propia. Yo la tengo ahora. No trate de engañarme.

John: No trato de hacerlo.

Alma: No se esfuerce por consolarme. (*John va hacia el canapé y se sienta.*) He venido aquí en pie de igualdad. (*Va hacia el foro izquierda.*) Usted dijo: Hablemos con franqueza. Pues bien... ¡Así sea! Hablemos con cruel franqueza, hasta desvergonzadamente, entonces. El hecho de que yo lo amo no es un secreto. Nunca lo fue. Lo amo desde aquel día en que le pedí que leyera el nombre del ángel de piedra con sus dedos. Sí. Recuerdo las largas tardes de nuestra infancia,

cuando debía quedarme en casa a practicar mis lecciones de música... y cuando oía a sus compañeros de juego que lo llamaban "¡Johnny! ¡Johnny!" ¡Qué escalofrío sentía yo, con sólo oír que gritaban su nombre! ¡Y cómo corría a la ventana a mirarlo... cuando salvaba de un salto la balastrada del porche! Me quedaba parada a lo lejos, a media cuadra de distancia, sólo para seguir viendo su roto *sweater* rojo, mientras usted correteaba por el baldío donde jugaba. Sí, esa congoja de amor empezó temprano y nunca me ha abandonado desde entonces, ha seguido creciendo sin cesar. Viví en la casa contigua a la suya todos los días de mi vida, y fui un ser débil y desarmónico que adoraba con temor su unidad, su fuerza. ¡Y eso es lo que tenía que decir! Ahora, querría que *usted* me dijera... ¿Por qué no sucedió eso entre nosotros? ¿Por qué fracasé? ¿Por qué se me acercó usted bastante... y no más?

John (*levantándose*): Siempre que nos hemos encontrado, las tres o cuatro veces que eso sucedió...

Alma: ¿No han sido más?

John: Sólo tres o cuatro veces nos hemos... enfrentado. Y en todas ellas... tratábamos al parecer de hallar algo el uno en el otro, sin saber qué buscábamos. No era un hambre del cuerpo... aunque yo obraba como si creyera que podía repetirse la noche en que no fui un caballero... en el Casino. ¡Lo que yo quería, en realidad, no era su yo físico!

Alma (*se le acerca algo*): ¡Lo sé! ¡Usted ya ha...!

John (*saca un cigarrillo del bolsillo del guardapolvo y se lo pone en la boca*): Usted no podía darme eso.

Alma: En esa ocasión, no.

John: Tenía otra cosa que ofrecerme. (*Enciende el cigarrillo.*)

Alma: ¿Qué?

(*John permanece inmóvil, con el fósforo encendido en la mano. Es un largo fósforo de cocina y arde con buena llama. Ambos lo contemplan fijamente, con una dolorida comprensión perpleja aún.*)

John: Usted no podría nombrarlo y yo no podría reconocerlo. Creo que sólo era un hielo puritano que brillaba como una llamarada. Pero ahora creo que *era efectivamente una llamarada*, y que la confundíamos con hielo. (*Alma se adelanta y le apaga el fósforo de un soplo. Él lo tira al suelo. Luego, se aleja hacia la izquierda.*) No lo comprendo aún, pero sé que está ahí... (*Se vuelve hacia ella.*)... así como sé que sus ojos y su voz son las dos cosas más bellas que he conocido... y también las más cálidas, aunque no parecen pertenecer a su cuerpo... (*Va hacia la silla que está junto al escritorio y se sienta.*)

Alma: Está hablando como si mi cuerpo hubiese dejado de existir para usted, John, a pesar de haberme

tomado el pulso hace un momento. (*Se vuelve y va hacia la derecha.*) ¡Sí, eso es! (*Se vuelve, lo enfrenta, va hacia el escritorio y se apoya sobre él.*) Usted trató de evitarlo, pero me lo dio a entender claramente. ¡La situación se ha invertido, sí, se ha invertido, con creces! ¡Usted ha aceptado mi manera de pensar y yo la suya, como dos personas que se visitan al mismo tiempo y cada una descubre que la otra ha salido y que la puerta está cerrada y que nadie responde al llamado! ¡He venido a decirle que ya no me parece importante que usted siga siendo un caballero, pero usted me dice que debo seguir siendo una dama! (*Con vehemencia.*) ¡La situación se ha invertido y con creces! (*Se domina, con evidente esfuerzo.*) El aire huele aquí a éter... Me causa mareos...

John (*se levanta y va hacia la ventana*): Abriré una ventana.

Alma: Hágame el favor. (*Va hacia la silla que está junto al escritorio y se sienta.*)

John (*abriendo la ventana*): Ya está.

Alma: Gracias, ahora me siento mejor. (*Toma su bolso y lo abre.*) ¿Recuerda esos pequeños comprimidos blancos que me dio? Me los he tomado todos y me gustaría que me diera más.

John (*yendo hacia el escritorio*): Le daré la receta. (*Toma el lapicero y el recetario y empieza a escribir.*) Nellie está en la sala de espera. Ambos oyen su voz.)

Nellie: ¡Johnny!

(Ambos miran. Luego, John sigue escribiendo. Cuando ha terminado, deja el lapicero sobre el escritorio y arranca la hoja del recetario. Nellie vuelve a llamarlo.)

Nellie: ¡John!

Alma: Alguien está en la sala de espera, John. Una de mis alumnas de canto. La más joven y linda y la menos dotada para la música. La misma a la cual ayudó usted a envolver ese pañuelo que me regaló. *(Lo tiene en su bolso. Nellie irrumpe por la izquierda, con alegre risa. Corre hacia John y lo abraza.)*

Nellie: ¡He estado por todo el pueblo gritando, gritando!

John: ¿Gritando qué?

Nellie: ¡La buena nueva!

John *(después de mirar a Alma por sobre el hombro de Nellie)*: Creí que no lo diríamos a nadie durante algún tiempo.

Nellie: ¡No pude contenerme! *(Gira sobre sí misma para enfrentar a Alma, sujetando los brazos de John contra su cuerpo.)* ¡Ah! ¿Se lo ha dicho Johnny a usted, Alma?

Alma *(tranquilamente)*: No hacía falta, Nellie. Lo adiviné... ¡en la postal de Navidad, donde estaban escritos los nombres de ustedes dos!

Nellie *(se precipita hacia ella, se arrodilla a su lado, abandona la cabeza sobre su regazo)*: ¡De modo que usted fue realmente la primera en saberlo, Alma!

Alma: Me enorgullezco de ello, Nellie.

Nellie *(con la cabeza baja aún, tiende su mano izquierda)*: ¡Mire mi dedo! ¡Éste era el regalo del cual yo no podía hablarle!

Alma: ¡Oh, qué hermoso solitario! Pero el nombre de solitario es un error. ¡Solitario significa único y esto significa dos! ¡Es algo deslumbrante, Nellie! Pero si... ¡me ciega, me hiere los ojos! *(Se esfuerza por recobrar el dominio de sí misma. John aferra el brazo de Nellie y la arrastra hacia el centro, evitando que mire a Alma.)*

John: Perdónela, señorita Alma. ¡Nellie es todavía una criatura!

Alma *(levántandose, va hacia el escritorio, toma el sombrero y los guantes)*: Ahora tengo que irme.

John: No olvide su receta.

Alma *(con tono indiferente)*: ¡Ah! ¿Había una receta?

John: Sobre el escritorio.

Alma (*toma la receta, se vuelve y va hacia la izquierda*). ¡La llevaré a la farmacia ahora mismo! (Nellie se esfuerza por liberarse de los brazos de John, que le impiden volverse hacia Alma.)

Nellie: ¡Alma, no se vaya! ¡Suéltame, Johnny! ¡Me aprietas tanto que no puedo respirar!

Alma (*a la izquierda*): Adiós.

Nellie: ¡Alma! (Alma se detiene.) ¡Alma, usted tendrá que cantar en la boda! (Alma se precipita afuera.) ¡El primer domingo de primavera! ¡El Domingo de Ramos! "La Voz que Suspiró en el Edén". (John hace llover besos sobre la frente y la garganta y los labios de Nellie. Las luces se apagan.)

ESCENA VI

El ángel de la fuente. Al anochecer. Se proyecta luz sobre el ángel. Luego, gradualmente, se ilumina la zona de la fuente y el panorama. Alma entra por la izquierda y se detiene al pie de la escalinata para desenvolver un paquetito. Sacando un comprimido de la caja, va a la derecha, se pone el comprimido en la boca, se inclina y bebe en la fuente. Mientras lo hace, entra por la izquierda un Joven, de traje a cuadros y sombrero hongo. Se detiene a mirar al ángel y empieza a bajar por los peldaños; ve a Alma. A lo lejos se oye el silbato de un tren. El Joven va a la derecha silbando, con las manos en los bolsillos, mirando a Alma. Cuando llega a la derecha de la fuente, se vuelve y la mira. Alma, alzándose el velo se vuelve y lo mira a él. De nuevo el silbato del tren. El Joven le sonríe a Alma, la joven se vuelve de cara al público, él se inclina a beber en la fuente. Cuando el Joven se yergue, ella dice, con voz casi inaudible.)

Alma: El agua... está... fresca.

Joven (*volviéndose hacia ella, ansiosamente*): ¿Decía usted algo?

Alma: Dije que el agua está fresca.

Joven (*con las manos en los bolsillos, va lentamente hacia el centro, con los ojos fijos en ella*): Sí, por cierto que lo está. ¡Está linda y fresca!

Alma: Siempre está fresca.

Joven: ¿De veras?

Alma: Sí, sí, hasta en verano. Proviene de una napa muy profunda.

Joven: Eso conserva su frescura. *(Va despaciosamente hacia el centro, con las manos siempre en los bolsillos.)*

Alma: Glorious Hill es famosa por sus manantiales artesianos.

Joven: No lo sabía. *(Saca las manos de los bolsillos, mira la fuente, vuelve a mirar a Alma y luego va a la fuente y bebe a sus anchas.)*

Alma: ¿Es usted forastero? *(No hay respuesta. Alma se vuelve rápidamente para mirar, lo ve bebiendo aún, se vuelve de nuevo de cara al público.)* ¿Es usted forastero?

Joven *(incorporándose, se adelanta un paso)*: Soy viajante. Viajo.

Alma: ¡Ah, usted es un viajante que viaja! *(Ríe amablemente.)* ¡Pero es más joven que la mayoría de los viajantes y no tan gordo!

Joven *(mirando su propia figura)*: Estoy empezando. Represento a los Zapatos Cruz Roja.

Alma: ¡Ah! ¿Su zona es el delta?

Joven *(va hacia la izquierda, cerca del banco)*: Desde el Peabody Lobby hasta el distrito del Cat-Fish de Vicksburg.

Alma: La vida de un viajante es interesante... pero solitaria.

Joven *(va hacia el otro extremo del banco)*: Tiene razón. Las habitaciones de los hoteles son solitarias. *(A lo lejos, se oye el silbato del tren.)*

Alma: Todas las habitaciones son solitarias cuando sólo hay una persona. *(Sus ojos se cierran.)*

Joven *(amablemente)*: Se siente cansada... ¿verdad?

Alma: ¿Yo? ¿Cansada? *(Se dispone a negarlo: luego ríe débilmente y confiesa la verdad.)* Sí... Un poco... Pero ahora descansaré. Acabo de tomar uno de mis comprimidos contra el insomnio.

Joven: ¿Tan temprano?

Alma: Oh, no me hará dormir. Sólo me calmará los nervios.

Joven: ¿Por qué está tan nerviosa?

Alma: Esta tarde resulté triunfante en una discusión.

Joven (*va a la derecha*): Eso no es motivo para estar nerviosa. Usted debe sentirse nerviosa si la vencen.

Alma: No era la discusión lo que yo quería ganar...

Joven: La verdad es que también yo estoy nervioso.

Alma: ¿Por qué?

Joven (*adelantando un paso hacia ella*): Es mi primer trabajo y temo fracasar. (*Esta repentina y misteriosa intimidación que suele presentarse entre extraños, más a fondo que entre viejos amigos o amantes, los impresionan. Alma le tiende la caja de comprimidos.*)

Alma. Entonces, le conviene tomar uno de mis comprimidos.

Joven. ¿De veras?

Alma. ¡Tome uno, por favor!

Joven (*se le acerca y toma un comprimido*): Sí, lo haré.

Alma: Le sorprenderá cuán infinitamente misericordiosos son. (*Alzando la caja para poder leer el rótulo.*) El número de la receta es 96814. ¡Me parece que es el número telefónico de Dios! (*Ambos ríen. El joven se pone uno de los comprimidos sobre la lengua y va a la fuente para beber un poco de agua y tragarlo.*)

Joven (*después de haberlo hecho, mira la figura de piedra*): Gracias, ángel. (*Saluda a Alma y se apoya sobre la fuente.*)

Alma: La vida está llena de pequeñas misericordias como ésta, no *grandes misericordias*, sino *pequeñas* y cómodas misericordias. Y por eso, seguimos adelante... (*Se ha echado atrás, con los ojos entornados.*)

Joven (*va hacia ella, y dice con dulzura*): Se está quedando dormida.

Alma: Oh, no. Sólo cierro los ojos. (*Se vuelve hacia él.*) ¿Sabe cómo me siento ahora? Como un nenúfar.

Joven: ¿Un nenúfar?

Alma: Sí, como un nenúfar en un lago chino. ¿Por qué no se sienta? (*Él vacila un momento, luego se quita el sombrero, y va a sentarse en el extremo derecho del banco, sosteniendo torpemente el sombrero y rehuyendo la mirada de Alma.*) Me llamo Alma. ¿Y usted?

Joven (*volviéndose hacia ella*): Archie Kramer. (*Con un gesto.*) Mucho gusto, como dicen los españoles (Ríen).

Alma: ¿Habla usted el castellano, señor?¹

¹ N. del T.: Esta frase y las dos siguientes, están en castellano en el original.

Joven: ¡Un poquito! ¿Habla usted español, señorita?

Alma: Yo, también. ¡Un poquito! (*Ríen.*)

Joven (*encantado, ríe*): ¡Ja, ja, ja! ¡A veces, un poquito es mucho! (*Alma ríe, de un modo distinto. Con cierto cansancio, pero con naturalidad. El Joven se inclina hacia ella, con aire confidencial.*) ¿Qué se puede hacer en este pueblo cuando oscurece?

Alma: Poca cosa, pero junto al lago hay establecimientos que ofrecen toda clase de diversiones nocturnas. Hay uno que se llama Casino sobre el lago Moon. Ha cambiado de propietario, pero no creo que haya cambiado de carácter.

Joven. ¿Qué carácter tenía?

Alma. Alegre, muy alegre, señor Kramer...

Joven (*se levanta y va al centro*): Entonces... ¿por qué diablos estamos sentados aquí? (*La mira, se pone el sombrero, baja un peldaño.*) ¡Vamos allá!

Alma (*se levanta y se adelanta hacia él*): ¡Cómo no, caballero!

Joven: Llamaré un taxi. (*Baja corriendo los peldaños de la izquierda.*) ¡Taxi! (*Saliendo por la izquierda.*) ¡Taxi! (*Cuando Alma sube los peldaños, la tonalidad de la comedia reaparece con una frase musical. Al pie de los peldaños, Alma enfrente al ángel de piedra*

y alza la mano en una suerte de saludo de despedida. Luego, se vuelve y empieza a subir los peldaños, mientras cae el

TELÓN